
EL «SISTEMA DE GUERRA» DE LA SOCIEDAD INDUSTRIAL

Jorge Verstrynge Rojas

I. CONCEPTOS ANALITICOS BASICOS PARA UN ENFOQUE SOCIOLOGICO DEL TRANSITO HACIA LA GUERRA TOTAL INDUSTRIAL

I.1. *La guerra y la paz*

Antes de adentrarnos en la problemática de las «causas, efectos y periodicidad de las guerras», nos ha parecido imprescindible sentar unos conceptos básicos en relación a la guerra como fenómeno global.

Después de haber situado a la guerra como hecho social —y, más allá, como una verdadera institución social—, insistido sobre la necesidad de su estudio en una época en la que el fenómeno bélico ha pasado al primerísimo plano del acontecer social y desarrollado las modalidades de estudio del mismo, sería imposible la continuación de este trabajo sin antes dilucidar qué entendemos, en definitiva, por guerra, paz, sistema de guerra y otros elementos de análisis y definiciones.

En primer lugar, la guerra y la paz constituyen dos polos entre los cuales oscila la vida social. Pero la autonomía dista mucho de ser total: más bien habría que considerar que los conceptos de guerra y paz son algo relativo, de contenido más bien psicológico. Es más, no sólo se trata de conceptos rela-

tivos, sino que las diferencias de definición son tales que a menudo se cae en la tentación de definir simplemente la guerra como la ausencia de paz o la paz como la ausencia de la guerra (1). Se ha indicado que, «de modo formal más bien que material», se distinguen por su terreno e instrumentos más que por sus calidades intrínsecas. Así, se llama guerra a una clase de conflictos humanos y paz a los demás (2).

Lo que sí sabemos, por otra parte, es que la palabra «guerra» procede del alemán «Werra», grito de combate de donde han salido el «Wehr» del alemán moderno, el «War» del inglés, el «Guerre» del francés y el «Guerra» en el bajo latín, el italiano y el español; pero la etimología de la palabra, de hecho, no arroja luz alguna sobre el concepto. Las definiciones del fenómeno abundan ciertamente, pero, de alguna forma, insatisfactorias y satisfactorias a la vez.

Vamos a dar algunos ejemplos de la profusión de definiciones e intentar sistematizar después. Para Martens, la guerra es una «lucha entre hombres»; para Bunkerschoök, Twins, Geffocken, Bluntschli y Charles Dupuis, una «lucha entre Estados independientes»; para Karamowsky, una «lucha armada entre partidos organizados políticamente o comunidades que pretenden a derechos de soberanía»; para Gentilis y J. de Fiore, se trata de una «lucha con armas públicas y ejércitos»; según Montecuculli, es «lucha con una finalidad militar de victoria»; para Clausewitz y Geffocken constituye una lucha cuya finalidad es «la destrucción de un adversario»; Von Rüstow la define como «lucha premeditada y llevada a cabo con método»; para Marselle, Boutroux, en otros escritos, de nuevo Clausewitz, la guerra es una «lucha para imponer pretensiones por la fuerza»; según Phillmore, Pradier, y de nuevo, en otros escritos, para Geffocken, es una «lucha para dirimir una querella»; Pufendorf, Vattel, Calvo, y de nuevo, en otros escritos, J. de Fiore, la definen como una «lucha por la reivindicación de un derecho considerado justo», aunque Fiore añade un carácter «abierto» a la lucha; Gorande y Letourneau introducen la noción de mortandad: «lucha mortal»; Masse, Morton, y de nuevo, en otros escritos, Kamarowsky, insisten sobre el hecho de que la lucha se lleve a cabo a mano armada o mediante armas; para Grocio, se trata de un recurso colectivo a la fuerza; asimismo, para Villiaume, hay guerra cuando se da «un recurso colectivo a la fuerza procedente de pueblos»; según Bugalowski, se trata de «un combate llevado a cabo por un grupo organizado determinado de hombres, tribus, naciones, pueblos o Estados en contra de un grupo igual o similar»; Lagorgette la define como un «estado de lucha violenta nacido entre

(1) Según palabras de Aristide Briand...

(2) M. Kallen, citado por FRAGA IRIBARNE: *Guerra y conflicto social*, Madrid, 1962, pág. 29.

dos o más grupos de seres que pertenecen a la misma especie, producto de su deseo o de su voluntad»; podríamos seguir así indefinidamente (3).

En definitiva, todas estas definiciones ofrecen elementos interesantes, pero son incompletas.

Lo que sí está claro, en primer lugar, es que la guerra es lucha, «lucha por antonomasia» (4). Es lucha *violenta*: en la guerra, lo excepcional es la restricción de la violencia (5). Pero, más que hablar de lucha, hay que referirse quizá al combate. Clausewitz, que define la guerra como un acto de violencia cuya finalidad es forzar al adversario a ejecutar nuestra voluntad, insiste en dicho aspecto al escribir que la guerra, «en el sentido estricto, es el combate», y si los modos de combatir han variado mucho, pese a dichas variaciones, el principio sigue siendo el mismo, y el combate «es siempre el elemento constitutivo de la guerra» (6).

El combate es, desde luego, armado; y en él deben producirse víctimas y muertos: la guerra comienza «sólo cuando las oposiciones se hacen sangrientas. Antes de este momento será lo que uno quiera, pero no guerra» (7).

Este combate sangriento lo llevan a cabo grupos sociales, integrados por seres pertenecientes a la misma especie. Pero se trata, además, de un combate metódico y organizado: la guerra es una empresa «organizada de destrucción» (8), con un alto esfuerzo de cooperación interna de los bandos enfrentados.

(3) Por ejemplo, para Haushofer, la guerra es “el acto consistente en pasear la frontera sobre el territorio vecino” (citado por A. CUVILLIER: *Manuel de Sociologie*, pág. 332). En una definición de la guerra de M. Fraga, se nota asimismo fácilmente lo limitado —temporalmente sobre todo— de una definición demasiado concreta: “La guerra vuelve a dominar el escenario humano. Se presenta más dominante, más total que nunca. La guerra es ahora un conjunto de acciones de todas clases (políticas, sociales, económicas, psicológicas, armadas, etc.) que persiguen derribar el poder establecido en un país y reemplazarlo por otro régimen. Hoy la posesión del territorio es relativamente secundaria, lo importante es la población; no importan mucho las fronteras o las fortalezas.” (En *Guerra y conflicto social*, pág. 10.)

(4) Véase M. FRAGA IRIBARNE: *Guerra y conflicto social*, pág. 30.

(5) Véase Leo HAMON: *Estrategia contra la guerra*, París, 1963, pág. 43.

(6) Citado por J. F. C. FULLER: *L'influence de l'armement sur l'Histoire*, París, 1948, pág. 19.

(7) Según G. BOUTHOU: *L'infanticide différé*, París, 1970, pág. 128. Por su parte, L. MILLET, en su obra *L'agressivité* (París, 1970), describe la huelga como una modalidad de guerra: “... guerra menor..., la huelga de aviso es a la vez un exutorio y un mensaje..., es casi como una maniobra militar. Muy diferentes son los grandes conflictos, verdaderas guerras del trabajo; se desencadenan a veces en momentos insólitos..., pueden implicar a la totalidad de una población, decidida a no ceder ante cualquier amenaza...” (pág. 112). En este caso, el uso de la palabra guerra es impropio; ciertamente, la huelga es un conflicto, pero no todo conflicto, obviamente es una guerra, y la finalidad de la huelga no es matar, el resultado no es deliberadamente sangriento. El combate no es armado y no viene regido por reglas especiales.

(8) Según Roger CAILLOIS: *Bellone ou la pente de la guerre*, París, 1965, página 13.

La finalidad aparente de la guerra es dirimir una *oposición de intereses*. Para ello se lucha, pero el *combate* está *delimitado en el tiempo* y viene *regido por reglas especiales de derecho*.

Ya hemos esbozado a grandes pinceladas que describen el «fenómeno guerra». Acudamos ahora a la autoridad del fundador de la polemología. Para Bouthoul existen, en primer lugar, unos caracteres objetivos de la guerra, que son:

1) El carácter colectivo del fenómeno, que le diferencia de los actos de violencia individual.

2) Se trata de una lucha o combate a mano armada.

3) Es una manifestación de violencia organizada y favorablemente sancionada por el derecho.

4) La guerra implica un enemigo activo que prosigue conscientemente una finalidad de destrucción y frente al cual un adversario pretende lo mismo.

5) La guerra implica también un grado elevado de cooperación y de apoyo mutuo entre los miembros pertenecientes al grupo social en guerra.

6) La finalidad de la guerra reside en servir en un sentido amplio al grupo que la lleva a cabo.

Más concretamente, en fin, el fenómeno puede ser definido como «una lucha armada y sangrienta entre grupos organizados, que comporta el pase de una forma de derecho a otra» (9).

1.2. *La «Guerra total industrial»*

Podríamos presentar varias definiciones y múltiples clasificaciones de las guerras. Pero a efectos de esta investigación, lo que nos interesa realmente es la moderna «Guerra total industrial», que puede ser definida, en una primera aproximación, como una guerra llevada a cabo entre Estados, que implica la utilización masiva de un material bélico tecnológicamente muy avanzado, y de la mayor parte del capital humano disponible, para lo cual se requiere un alto grado de movilización en todos los sentidos.

En cuanto a las finalidades o metas de una «Guerra total industrial», pueden ser, desde un punto de vista abstracto, de lo más variadas. En cuanto a las características, el lector se percatará del hecho de que hemos unido, en el concepto de «Guerra total industrial», la guerra «total» más la utilización masiva de armamento tecnológicamente avanzado (10), y es que, en efecto, la utilización de esta tecnología, además de la gran diferenciación existente

(9) G. BOUTHOU: *La guerre*, París, 1969, pág. 36, y *Traité de Polémologie*, París, 1970, págs. 30 y 31.

(10) Se podría añadir: y utilización de una fuente química de energía para el desarrollo de las operaciones.

en el seno de los grupos sociales enfrentados, es lo que diferencia a la «Guerra total industrial» de nuestros días de la que enfrentará a las tribus primitivas, que ya conocían la guerra total.

Mejorando, pues, la definición, diremos de la «Guerra total industrial», en una segunda aproximación, que se trata de una guerra llevada a cabo entre Estados soberanos, que implica la movilización de todos los individuos sin los cuales el sistema económico y social puede seguir funcionando, aun en un grado mínimo, y el uso de un material bélico tecnológicamente avanzado, producido en serie y en masa, y cuya acción se basa principalmente en la utilización de energía química.

Desde el punto de vista de su definición, la «Guerra total industrial» arranca, pues, de dos supuestos:

— La guerra es llevada a cabo a nivel de masas, lo cual aparece, históricamente, con la Revolución Francesa y el principio de la «nación en armas».

— La fabricación en masa y en serie de armamento e instrumentos destructivos sofisticados.

Los dos conceptos se hallan implicados: no es posible armar a la totalidad de la población, dado el nivel alcanzado por la tecnología de la destrucción, sin una industria que trabaje en serie; y no existe guerra total si no se moviliza toda la población (masculina, al menos) en edad de combatir.

De hecho, históricamente, el camino que conduce a la «Guerra total industrial» se ha presentado como sigue: Guerra de masas (Revolución Francesa hasta comienzos de la Primera Guerra Mundial) más Industrialización (mediados del siglo XIX—mediados del siglo XX) igual «Guerra total industrial» (desde la Primera Guerra Mundial hasta la Segunda Guerra Mundial inclusive).

I.3. *El sector cuaternario*

La idea de reagrupar las actividades encaminadas a la destrucción o las personas empleadas en dichas actividades constituye una aportación más de G. Bouthoul al estudio de la guerra; este autor propuso «que a la clasificación de Jean Fourastié que divide la población activa en tres sectores: el primario —agrícola—, el secundario —industrial— y el terciario —el de los servicios—», se añadiese un sector cuaternario, «el de las actividades polemológicas» (11).

Dicho sector incluiría, lógicamente, siempre según dicho autor, la población empleada en las llamadas «industrias de guerra», que son básicamente

(11) G. BOUTHOU: *Traité...*, pág. 237.

las mismas que las de bienes de producción; por ejemplo, «la metalurgia y, en gran medida, la construcción...» (12).

De hecho, en nuestra opinión, un análisis más profundo de la noción de sector cuaternario arroja, desde el punto de vista de la población activa incluida en él, la siguiente composición:

1) Los militares de las tres armas, en activo o jubilados.

2) El personal de los arsenales.

3) Los que trabajan de forma indirecta o intermitente para la guerra, aunque sea de una forma menos aparente o menos permanente (por ejemplo, los que en el campo de la investigación científica e industrial descubren y ponen a punto productos y técnicas cuya utilización en los conflictos es factible).

4) Todas las industrias susceptibles de reconversión hacia la producción de guerra: fábricas de máquinas de escribir, de coser, de maquinaria agrícola, de automóviles, de productos químicos, metalurgia...; y

5) Servicios de mantenimiento de las familias de los militares y de los técnicos contratados para la defensa, personal de organismos de ayuda a los inválidos de guerra, accidentados y jubilados, de organismos encargados de la preparación premilitar y militar, del entrenamiento y de las maniobras, etc.

Es decir, que, en definitiva:

a) Desde el punto de vista de la producción, el sector cuaternario incluye los medios dedicados a producir bienes que pueden ser destruidos en tiempos de guerra, precisamente para llevar a cabo la contienda; por ejemplo: las fábricas de armamento; las fábricas de abastecimientos militares no dedicadas a la producción de armamento; las empresas que edifiquen fortificaciones, carreteras estratégicas (13), aeródromos militares, puertos militares, cuarteles, etc.; las instituciones educativas destinadas a formar el personal militar; las instituciones médicas destinadas a fines militares (tales como los hospitales militares, etc.)...

b) Desde el punto de vista de la población activa, los militares de las tres armas en activo, retirados, jubilados y pensionistas (14); los obreros, técnicos y empresarios contratados para fines específicamente militares; los

(12) G. BOUTHOU: *Sauver la guerre*, París, 1961, págs. 240 y sigs. En *L'infanticide différé* (pág. 21), el autor explica que dicho sector "ofrece la particularidad de ser elástico, es decir, que se infla en período de conflicto, hasta incluir la mayoría de la población activa, y se contracta durante los períodos de calma. Por lo demás, interfiere frecuentemente en los demás. Los técnicos de una misma empresa, por ejemplo, deberán ser clasificados en uno u otro sector que fabriquen tanques o camiones, y los químicos según que fabriquen explosivos o medicamentos".

(13) Entendemos aquí las carreteras (y otras obras públicas) cuya construcción ha sido decidida por y para la guerra, de forma primaria o secundaria.

(14) Más la gendarmería, policía, cuerpo de aduanas, cuerpos para militares, etcétera.

obreros, técnicos y empresarios contratados para fines indirectamente militares y los investigadores dedicados a investigación militar directa o indirectamente (15).

Esto constituiría el sector cuaternario, pero se trata de un sector que tiende a incrementarse considerablemente en tiempos de guerra, tanto desde el punto de vista del aparato productivo y de los medios de producción (porque el Estado fuerza y obliga a numerosas empresas a trabajar para la guerra; es la llamada «conversión»), como de la población activa empleada (porque a la ya existente en los tiempos de paz viene a sumarse la masa de movilizados de todo tipo). La guerra, de hecho, hace que el sector cuaternario tienda, desde el punto de vista del aparato productivo, a absorber en su seno todas aquellas industrias que no sean vitales para la permanencia del sistema en un grado mínimo imprescindible del funcionamiento y que puedan tener alguna —aunque mínima— utilidad militar; y desde el de la población activa, a incorporar a todos aquellos varones en edad militar (y a veces todas aquellas hembras) que el sistema social no requiera para su permanencia en un grado mínimo de funcionamiento (16).

I.4. *Sociedad de guerra, sistema de guerra y militarización*

Todas las sociedades conocidas son «sociedades de guerra», es decir, que se constituyen «para la guerra». Como apunta Manuel Fraga Iribarne, «la Historia de las formas políticas comprueba que la sociedad se constituye para la guerra» (17); y el Estado, emanación de la sociedad, es también, valga la expresión, un «Estado de guerra». Así, para Bouthoul, el Estado, «tal y como es concebido tradicionalmente, es, sobre todo, una máquina para hacer la guerra». Siendo éste el «motivo por el cual todos los regímenes políticos tienen un punto en común: hacen la guerra; es más, siempre desembocan en ella...» (18).

(15) No nos parece prudente incluir a los familiares de los militares y obreros técnicos, empresarios e investigadores destinados a fines militares, como parece hacerlo el profesor Bouthoul en una de sus definiciones. La esposa y los hijos de un obrero no forman parte del sector secundario en el que este último sí que está incluido.

(16) Desde un punto de vista histórico, se aprecia, ya desde la Primera Guerra Mundial, y sobre todo desde la Segunda Guerra Mundial, la absorción por el sector cuaternario de una parte de la población tradicionalmente no dedicada a finalidades bélicas: las mujeres, los ancianos y los menores... Es muy probable que esta tendencia, lejos de invertirse, se acentúe en el futuro, como lo deja presagiar el elevadísimo grado de movilización llevado a cabo por Israel en sus últimos enfrentamientos con sus vecinos árabes y el grado de militarización mantenido por la URSS.

(17) En *Guerra y conflicto social*, pág. 35.

(18) G. BOUTHOU: *Avoir la paix*, París, 1967, pág. 57.

Una «Sociedad de guerra» tiene, para nosotros, dos características: en primer lugar, la capacidad de hacer la guerra; en segundo lugar, se da una preparación ininterrumpida de la misma, combinada con su constante eventualidad

Como se puede ver, pues, actualmente *todos* los Estados se basan en «sociedades de guerra» (19), todos los Estados son «Estados de guerra». El «Sistema de guerra» incluye, a su vez, la aportación total del sistema social a la guerra: modo de llevarla a cabo, «abastecimiento» de las actividades bélicas en hombres, armas, bienes, etc. Forman, pues, parte del «sistema de guerra» de una sociedad la forma técnica militar de llevar a cabo la guerra y la implicación del sistema social en la guerra (grado de movilización de los recursos económicos, tecnológicos y humanos).

Este «sistema de guerra» es el que se vislumbra antes del conflicto bélico, siendo llevado a su máxima potenciación durante el mismo.

El «grado de militarización» de una sociedad reside en el mayor o menor grado de preparación para la guerra de la sociedad en tiempo de paz; es decir, en el fondo, y desde un punto de vista de datos físicos, en el mayor o menor grado de importancia del sector cuaternario. Para medir el grado de militarización de una sociedad hemos establecido, con carácter no exhaustivo, los siguientes índices:

- 1) Relación entre la población total y los efectivos militares (20).
- 2) Relación entre la población masculina total y los efectivos militares.
- 3) Relación entre la población masculina total en edad militar y los efectivos militares.
- 4) Relación entre el Producto Nacional Bruto y el presupuesto de gastos militares.
- 5) Relación entre el presupuesto de gastos militares y el número de habitantes.
- 6) Modalidad de servicio militar: su duración y su carácter (voluntario, obligatorio y selectivo).

Incluimos, además de estos índices estáticos, otros de carácter dinámico:

- 1) Incremento de la población total en relación con el incremento de las fuerzas militares.
- 2) Incremento de la población masculina total en relación con el incremento de las fuerzas militares.

(19) J. K. GALBRAITH: *La paix indésirable: Rapport sur l'utilité des guerres*, París, 1968, pág. 51, las dos "principales características de la actual sociedad americana son: el hecho de ser constantemente capaz de hacer la guerra y de estar constantemente preparado para hacerla, cuando el poder político que la dirige lo juzga necesario o deseable...".

(20) Las fuerzas militares y las paramilitares.

3) Incremento de la población masculina total en edad militar en relación con el incremento de los efectivos militares.

4) Incremento del Producto Nacional Bruto en relación con el del presupuesto de gastos militares.

5) Incremento de la renta *per capita* en relación con el de los gastos militares *per capita*.

6) Cambios en las modalidades del servicio militar.

Para hacer más comprensibles los tres conceptos que hemos introducido más arriba, diremos que toda «sociedad de guerra» tiene un «grado de militarización» concreto, y dispone de un «sistema de guerra» destinado a hacer frente a cualquier eventualidad bélica previsible.

II. EL TRANSITO HACIA LA «GUERRA TOTAL INDUSTRIAL»

II.1. *La sociedad industrial*

Inglaterra fue el primer país en el que se produjo la profunda mutación socioeconómica, que Arnold Toynbee ha bautizado con el nombre de «Revolución Industrial». Por qué y cómo se pudo producir en dicho país un cambio de tanta envergadura es un tema aún muy discutido, y el enfrentamiento entre marxistas y weberianos coexiste con otras versiones no menos sugestivas. Para el marxismo, para el que la Historia tiene un «sentido» y viene determinada por «desarrollo objetivo» e «inevitable» de los medios de producción, la Revolución Industrial se debatió principalmente a causas económicas, en una ecuación que podríamos resumir así: *Revolución Industrial* = Producto de la acumulación de capital (por el anterior desarrollo del comercio y por la apropiación de la plusvalía por el empresario precapitalista) + acumulación de mano de obra (por la política de cercados llevada a cabo en la agricultura británica y por las mejoras técnicas en el trabajo de la tierra) + investigaciones tecnológicas. A lo cual los weberianos contestan que sin un espíritu de empresa previo, que glorifique el trabajo, el conocimiento científico y el ahorro, ni habría sido posible la acumulación previa de capital ni las innovaciones tecnológicas, ni la mentalidad que permitió el aprovechamiento de estos factores favorables cuya presentación simultánea en el tiempo se debe a una casualidad histórica más o menos probable. Los weberianos explicarán, pues, a su vez, que la mentalidad sin la cual la Revolución Industrial no hubiese sido posible, se debió básicamente a la aspiración de una ética muy vinculada a un cisma religioso: el protestantismo, sobre todo en su vertiente calvinista. Este último afirmaba la predestinación como única causa que nos podrá abrir el más allá, y que sólo los predestinados tendrían derecho a éste; la afirmación de que el éxito en tierra

anunciaba una predestinación favorable para el más allá fue el detonador que impulsó a cantidad de seres a aprovechar todas las fuentes posibles de ganancias y posibilitó la aparición del empresario capitalista industrial. A todo lo cual Werner Sombart (21) añadió que la guerra y la producción racionalizada de material para ésta, junto con la mentalidad burguesa y judaica, fueron los factores que en verdad posibilitaron dicha revolución.

De hecho, se distinguen hoy muy variadas causas en la aparición de la Revolución Industrial (22); por de pronto, las causas directas más aceptadas son cinco:

— La aparición del espíritu protestante y burgués.

— El desarrollo de los conocimientos científicos y técnicos que permitirán la racionalización de la producción y su modalidad masiva, y aquí la guerra tuvo una influencia no despreciable.

— El aumento de población o Revolución Demográfica, con lo cual se producía un excedente humano disponible para nuevas tareas y una demanda potencialmente incrementada.

— La acumulación primitiva de capital (posibilidad por la llegada de metal precioso y el consiguiente *boom* del comercio y por la racionalización de las explotaciones agrícolas).

— La revolución agraria, que provocó el traslado de la mano de obra excedentaria desde el campo hasta la ciudad.

Para Raymond Aron, a su vez, los requisitos que exigió el advenimiento de la sociedad industrial fueron la acumulación de capital, la aplicación de la ciencia a la industria, la organización racional de la producción, organización que se halla en permanente mutación, y la disposición por cada trabajador de una cantidad considerable de energía.

La sociedad industrial, producto de la mencionada revolución, va a suponer una población fuertemente incrementada, y es que es alimentada, vestida y abrigada, y cuidada, en un grado cada vez mayor, gracias a una producción cada vez más elevada y sistematizada (en serie) a que es producto de una sistemática aplicación de la tecnología, que, a su vez, ha permitido un mayor

(21) Lewis Mumford, J. F. C. Fuller, W. W. Rostow y actualmente D. Venner, etcétera, han insistido también sobre el papel de la guerra.

(22) La bibliografía sobre la revolución industrial y la sociedad industrial es muy extensa. A título indicativo cabe reseñar: Phyllis DEANE: *La primera revolución industrial*, Barcelona, 1968; Luis RODRÍGUEZ ZÚÑIGA: *R. Aron y la sociedad industrial*, Madrid, 1973; Louis ROUGIER: *Le génie de l'Occident*, París, 1969 (existe traducción al castellano); Walt W. ROSTOW: *Les étapes de la croissance économique*, París, 1963 (existe traducción al castellano); Raymond ARON: *Dieciocho lecciones sobre la sociedad industrial*, Barcelona, 1965; Ernst LLUCH: *El desarrollo económico*, Barcelona, 1973; Colin CLARCK: *Les conditions du progrès économique*, París, 1960 (existe traducción al castellano); R. ARON: *Tres ensayos sobre la era industrial*, Barcelona, 1966; *La société industrielle et la guerre*, París, 1959; J. K. GALBRAITH: *L'ère de l'opulence*, París, 1961 (existe traducción al castellano); *Le nouvel état industriel*, París, 1968 (existe traducción al castellano); *Le capitalisme américain*, París, 1966 (existe traducción al castellano); etc.

grado de aprovechamiento de los recursos naturales, una mayor eficacia en la utilización del trabajo humano y una tendencia a la sustitución de la energía animal y humana por la de la máquina.

Es decir, que desde el punto de vista de la guerra, que es el tema que nos interesa en realidad, se produce un incremento del capital humano, pero al mismo tiempo la posibilidad de prescindir cada vez más del mismo desde el punto de vista productivo, un incremento del capital de bienes económicos, de excedente económico, y la posibilidad de poder producir medios de destrucción en la misma cuantía y al mismo ritmo que los bienes de producción.

Por de pronto, se puede decir que el aumento de la población, de la producción y del consumo de bienes económicos, y el de la intensidad de la guerra, han sido paralelos, aun cuando los primeros parezcan preceder al último fenómeno, cerrándose el círculo al ponerse en aplicación los progresos de todo tipo (en la producción, en la estandarización del consumo, en la medicina), que a su vez produce la guerra...

Desde luego, y como veremos, el incremento de la intensidad de la guerra no se debe tan sólo a estos factores demo-económicos: los factores políticos han tenido un peso aplastante en la evolución; pero los primeros siguen teniendo una considerable importancia en el camino que ha conducido a la «Guerra total industrial». Precisamente, la expresión «Guerra total industrial» quiere evidenciar que toda una población es dedicada a hacer la guerra, por todos los medios, pero en base a una economía industrializada, y, al mismo tiempo, recordar que no hemos inventado la guerra total, que ya existió, en diversos momentos históricos, a nuestra sociedad industrial.

II.2. *Hacia la «Guerra total industrial»*

No somos los inventores de la guerra total: ésta, que podríamos definir como «aquella en la que la cifra de combatientes a coincidir con la cifra total de la población masculina adulta o en edad de luchar, y en la que toda la actividad social se halla encaminada o dispuesta para la guerra» (23), existe ya en las sociedades primitivas. G. Bouthoul explica que en las socie-

(23) Para R. Caillois, “la guerra total implica en primer lugar que la multitud de combatientes tienda a coincidir con la cifra misma de la población masculina adulta disponible; en segundo lugar, que la cantidad de material empleado corresponda al nivel más elevado que pueda alcanzar la industria de la nación beligerante desarrollada al máximo”. Como se puede ver, sólo en parte coincidimos con esta definición: para nosotros, la guerra provoca siempre —precisamente por ser la prueba mayor a que se puede someter la sociedad y el Estado— la utilización de un material de nivel muy elevado y, de hecho, la guerra total hace más que eso, puesto que provoca la organización para y en la guerra de forma permanente, de la totalidad del colectivo. En cuanto a la mención de la industria nos parece un error si la definición pretende poder ser aplicada a todo tipo de guerra total (desde la guerra primitiva hasta la actual) y no exclusivamente a nuestra “Guerra total industrial”. (En *Bellone*, pág. 170.)

dades muy pequeñas, de tipo primitivo o arcaico, la guerra «absorbe a toda la población masculina: ... se trata de pequeñas guerras totales». Y, ciertamente, la guerra penetra en todas las esferas de la vida social del primitivo; por ejemplo, en la religión, cuyas prácticas «más importantes son las que incrementan la energía y la eficacia de los jóvenes guerreros, que se hacen más valientes, y, al mismo tiempo, los protegen contra los enemigos». Los ritos de iniciación, asimismo, tienen como finalidad casi exclusiva la guerra, que será «el gran asunto para los jóvenes»; a partir de éstos, serán educados y compenetrados con la idea de que la guerra es, «por excelencia, la ocupación suprema de los hombres». Es más, los sufrimientos que padecen durante su iniciación «tienen como finalidad, más que nada, endurecerlos en vistas a los combates» (24).

Si se acude al criterio de que la guerra total no conoce ni los armisticios ni las treguas, J. F. C. Fuller afirma que Filipo de Macedonia fue el inventor de la misma: «Careciendo de los hombres necesarios en cuanto a cantidad se refiere, Filipo intentó sustituir ésta por la calidad. Comenzó por crear un pequeño ejército permanente reclutado entre sus propios sujetos. Gracias a ello pudo infringir la regla según la cual sólo se podía guerrear en verano, y así, al menos en el aspecto cronológico, fue el primero en llevar a cabo una guerra total» (25).

A su vez, durante la Segunda Guerra Mundial, la revista *Selecciones del Reader Digest* publicó un «condensado» de la revista *Asia*, cuyo título era «Gengis Kan, precursor de la guerra total», y en el que Edwin Muller afirmaba que este hombre, que poseía la «habilidad singular de utilizar todos los medios, técnicas, armas y recursos económicos, adaptándolos con prolija y minuciosa precisión a sus objetivos concretos», fue «el primero que organizó una Nación para la guerra», y concibió, pues, «hace la friolera de setecientos años, la guerra total», que todos creíamos una invención modernísima (26).

A su vez, que la guerra viene sufriendo un proceso de creciente intensificación es hoy algo conocido y sabido; lo que, sin embargo, es menos conocido es la magnitud de la evolución. Por ejemplo, durante los tres siglos casi que transcurrieron entre la muerte de Cromwell y el comienzo de la Primera Guerra Mundial, Gran Bretaña hizo docenas de guerras (sin incluir las expediciones coloniales), pero los efectivos que participaban en las batallas constituían mucho menos del 1 por 100 de la población; frente a esto, la cifra de movilizados alcanzó, para el mismo país, pero durante la Segunda Guerra Mundial, la friolera de 23 millones de personas...

(24) Véase G. BOUTHOU: *Cent millions de morts*, París, 1946, pág. 34, y *Traité Polémologie*, París, 1970, págs. 126 y 127.

(25) Véase *L'influence de l'armement sur l'Histoire*, pág. 47.

(26) Revista *Selecciones del Reader's Digest* de octubre de 1942, ed. española, pág. 32.

De hecho, el incremento general de la guerra, en el tiempo transcurrido desde la Edad Media hasta hoy, ha sido notable. Véanse los *efectivos* humanos utilizados, que han pasado de cuatro o cinco millares de combatientes durante las Cruzadas, 15.000 hombres durante la Guerra de los Cien Años (1339-1453), a los ejércitos de entre 50.000 hombres (Wallestein) a 75.000 (Gustavo Adolfo de Suecia) durante la Guerra de los Treinta Años (1618-1648), a los 2.800.000 reclutas movilizados de las guerras de la Revolución y del Imperio, a los 50-60 millones de movilizados de la Primera Guerra Mundial y a los 100 a 120 millones de la Segunda. Y si la *proporción combatientes/población total* también ha ido en aumento, en el campo del *armamento*, desde la invención de la pólvora, las innovaciones, cada vez más destructivas, se han ido multiplicando, como lo muestra la cadencia seguida tan sólo en lo referente a proyectiles, y limitada a dos siglos: 1382, granada de mano; 1405, bola de cañón fusígena; 1405, mecha retardada; 1410, caja de metralla; 1429, pólvora en grano; 1400-1450, olla de cohetes; 1450, arcabuz; 1463, balas explosivas de cañón, hechas de bronce; 1470, bombas explosivas; 1470 (aproximadamente), cureñas montadas sobre ruedas; 1483, pistolas; 1487, balas de cañón incendiarias; 1520, cañón con alma rayada; 1521, llave de rueda y mosquetón español; 1536, perfeccionamiento de las granadas de mano; 1543, pistola de llave de rueda; 1560, cartucho de papel fuerte; 1573, bala de cañón de balas; 1575, bala de cañón al rojo; 1588, bala de cañón ordinaria; 1590, cartuchos que contienen pólvora y bala; 1592 (aproximadamente), pistolas de cañón rayado; 1596, fusil de percusión; etc. (27).

En cuanto a las *batallas*, comúnmente definidas como encuentros violentos y continuos entre dos grupos armados de más de 1.000 individuos (o 500 en el caso de una batalla naval), se han ido haciendo a la vez más extensas y más intensas: de las de San Quintín, Saratoga, Leuthen, Austerlitz, etc., se pasó a las del Marne, de Picardie, de Champagne, etc., y en menos de treinta años a las de Rusia, de Inglaterra, del Desierto, del Atlántico, del Pacífico, etc.

Asimismo, la *implicación de los civiles* en la guerra ha aumentado considerablemente; las guerras llamadas tradicionales de la Edad Media o del Imperio sólo interesaban a los militares, pero la guerra de 1914, con los primeros bombardeos civiles causados por la aviación, ya no iba a excluir a los civiles de la guerra, y durante la Segunda Guerra Mundial, con los bombardeos masivos, las requisas o las deportaciones, la guerra ha tomado, visiblemente, una forma de aniquilamiento de un grupo humano por otro. Así, la mitad de las víctimas europeas de la Segunda Guerra Mundial fueron civiles. Y para colmo, en la postguerra, las guerrillas (resistencia o subversión) iban a contribuir a la participación de los civiles en la guerra dentro de su ámbito. El Estado moderno ha ido a movilizar, para la guerra, no ya

(27) Véase J. F. C. FULLER: *L'influence...*, pág. 100.

sólo las fuerzas materiales y civiles, sino también las fuerzas afectivas y morales. La guerra se ha ido extendiendo así al ámbito de la psicología, y de ahí la importancia de la propaganda bajo todas sus formas. En la actualidad, ningún sector se puede librar ya de una eventual guerra (28). En cuanto a las *pérdidas civiles*, parece haberse desatado una espiral que conduce al aniquilamiento total: en las dos guerras mundiales se ha pasado del 13 al 17 por 100 de bajas civiles sobre las bajas totales, y se estima que, en las guerras de Corea y de Vietnam, esta proporción ha sido superior al 80 por 100; en cuanto al desenlace lógico de la guerra nuclear, sería de: muertos civiles, 100 por 100; muertos militares, 0 por 100 (29).

Como era de esperar, además, la evolución de la intensidad de la guerra ha repercutido en las relaciones *ejército/sociedad*; se ha pasado del ejército no integrado a la sociedad (Antiguo Régimen) al ejército como parte de la nación (Revolución Francesa) y, finalmente, a la nación como ejército (Primera y Segunda Guerra Mundial). En un principio, como explicó Caillois, el ejército apenas si formaba parte de la sociedad, hallándose por entero como fuera de la ley «por los oficiales, nobles colocados encima de lo común, por sus privilegios, y por la tropa, compuesta de infames y sin estatuto civil». Posteriormente, el ejército se transformó «en una parte de la Nación, representando uno de sus aspectos y desempeñando una de sus funciones de defensa o de conquista, según los casos, sin que importe». Hoy, al fin, a veces, la relación «se ha invertido»: la evolución contemporánea «tiende a hacer de la Nación un aspecto temporal y transitorio del ejército, del que sólo se distingue por una imperfección relativa, un grado menos de coherencia y de cristalización, un no sé qué de amorfo y de insuficientemente estructurado. Representa su estado diluido y, por así decirlo, el grado reducido... Pero basta con la guerra para que de inmediato se produzca el pase al primer plano. Todo está preparado, todo está previsto, todo fue concebido y ejecutado para que se lleve a cabo fácil y rápidamente» (30). Y, efectivamente, he aquí cómo el general Ludendorff definió, después de 1918, los caracteres de la Primera Guerra Mundial: «Los ejércitos y las flotas combatían entre sí de la misma manera que antaño, al tiempo que desplegaban fuerzas más poderosas que nunca. Pero, al revés que en el pasado, los pueblos se concentraban con todas sus energías detrás de los ejércitos. En dicha guerra era difícil distinguir dónde empezaba la fuerza armada propiamente dicha y dónde terminaba la del pueblo. Pueblo y ejército no eran más que uno sólo. El pueblo asistía a la guerra de los pueblos en el sentido propio del término. Con todas sus fuerzas, los más poderosos Estados de la tierra se enfrentaban en inmensos frentes y en lejanas tierras, rivaliza-

(28) Véase J. R. GERMAIN: *L'armée face au choc du futur*, en *Sciences et vie*, núm. 685, de octubre de 1974, París.

(29) Véase J. P. PRATS: *Guerra y desarme*, Barcelona, 1973, pág. 34.

(30) R. CAILLOIS: *Bellone...*, pág. 120.

ban en la lucha contra el esfuerzo psíquico y vital de los pueblos adversos que había que disociar.» En otras palabras, el primer conflicto mundial, que comenzó con la nación armada, terminó como guerra total, y esta guerra de nuevo cuño, tal y como Ludendorff preveía, lejos de desaparecer ante el horror y el cansancio de los pueblos y sus gobernantes, no podría sino extenderse... He aquí cómo él mismo describía, quince años después del Tratado de Versalles, la guerra futura, que tan poco tiempo tardaría en llegar: «Desde la Primera Guerra Mundial, la guerra total ha tomado en profundidad, tanto en cuanto a perfeccionamiento e incremento de la aviación que lanza no solamente bombas, sino también panfletos y libretos de propaganda sobre las poblaciones, como por el perfeccionamiento y la multiplicación de estaciones radiofónicas que difunden esta propaganda sobre el enemigo. Si durante la Primera Guerra Mundial los ejércitos adversos luchaban ya en inmensas zonas..., hoy el campo de batalla se extenderá sobre la totalidad del territorio de los países beligerantes. La población civil, al igual que los ejércitos, padecerá la acción directa de la guerra; tendrá, además, que padecer sus consecuencias indirectas materiales o morales, el bloqueo, el hambre y la propaganda enemiga, como antaño los habitantes de las plazas fuertes cotadas forzadas a capitular por la miseria y el agotamiento. La guerra total no apunta sólo a los ejércitos, sino también a los pueblos, y se trata de una verdad inexorable e indubitable» (31).

En este camino hacia la guerra total cabe preguntarse *el cómo y el porqué* de tal evolución. Intentaremos dar respuesta a estas dos preguntas.

Por de pronto, para poder adoptar una perspectiva amplia de la evolución hacia la guerra total, es menester retrotraernos en el tiempo. La Edad Media, en su forma de hacer la guerra, parece la antítesis absoluta de lo que la primera mitad del siglo xx ha conocido como guerras totales. La guerra feudal va a aparecer en tres civilizaciones diferentes cuando menos: la de China clásica, la Eudopa «feudal» y en la sociedad hindú tradicional. Nosotros vamos a ver aquí, someramente, el caso chino y el caso europeo. Los caracteres del combate feudal chino fueron los siguientes: 1) La batalla consiste en un intercambio de bravatas y de cortesías, el ritual del desafío y de la rendición demuestran que la finalidad es ganar honor. 2) El arte militar está sometido a reglas que transforman las batallas en un torneo. 3) Demostración de prestigio: la batalla desemboca en prestaciones alternas y en comuniones (rescates, intercambios de mujeres, festines de buen acuerdo). 4) El soberano no prohíbe la batalla, sino que se limita a hacer respetar las reglas del juego y a sancionar negativamente los excesos del vencedor (32).

(1) Citado por R. GIRARDET: *Problèmes contemporains de défense nationale*, París, 1974, págs. 3 y 4.

(32) Según Marcel GRANET en R. CAILLOIS: *Bellone...*, págs. 47 y 48.

En otras palabras, la antigüedad feudal china aparece como todo un «modelo» de sociedad en cuanto a la regulación de la guerra».

Lógicamente, las bajas de los combates en la época eran muy reducidas, como en las batallas de Bermule, por ejemplo, donde Enrique I de Inglaterra vence a Luis VI de Francia, que desemboca en 140 prisioneros y tres muertos (33).

En base a esto se ha querido establecer una conexión entre aristocracia y regulación del combate: «Más refinada y aristocrática es la cultura —escribe Caillois—, más legalizado se halla el combate.» Así, por ejemplo, en la India brahmanica donde la tripartición de la sociedad entre sacerdotes, guerreros y tercer Estado es de las más rígidas, las leyes de la guerra están «rigurosamente codificadas»; así, por ejemplo, el Japón, con las reglas estrictas del Bushido. Esta regulación de la guerra se debe a la existencia de una solidaridad de clase que rebasa los niveles de solidaridad de grupo y el antagonismo con los demás grupos sociales: el caballero es antes caballero que miembro del conjunto social, llegando a constatar una «mayor solidaridad entre enemigos pertenecientes a una misma clase que entre compatriotas de clases diferentes» (34).

El dominio de la sociedad por una casta guerrera que tenía un grado de conciencia de su solidaridad de clase supragrupal fue lo que probablemente hizo, por lo demás, que mortíferos inventos en el campo de los armamentos tardasen bastante en ser aplicados; el caso de la pólvora es poco conocido pero muy representativo: ya en el siglo IX la receta era conocida, constituyendo la fórmula 32 del *Libro de los fuegos*, de Marnes Graecus; sin embargo, no se utilizaría apenas hasta el siglo XV. Como explica Caillois: «Un aplazamiento tal es significativo» (35). De la misma forma se anatematizará al usuario del arco, y, sobre todo, a la ballesta: el arco había sido mal acogido, y la ballesta juzgada tan repugnante que el Concilio de Letrán anatematizaba a quienes la usasen.

Pero la mecánica misma de la guerra obligará a la generalización de esas armas y parecerá, y se generalizará (posteriormente con otras armas), el uso de la infantería.

Con todo, nuestra Europa pretenderá seguir limitando las destrucciones, antes que nada ... evitando la batalla y, sobre todo, estableciendo un corte tajante entre los militares y la población civil; y ello hasta la Revolución Francesa.

Y no es fortuito que haya que esperar a la Guerra de Independencia norteamericana, llevada en nombre de los principios democráticos, para ver aparecer el ejército de masas, y desaparecer la separación soldado-población civil. Como explica el general Fuller, en el curso de esa guerra fue «cuan-

(33) R. CAILLOIS: *Op. cit.*, pág. 29.

(34) R. CAILLOIS: *Op. cit.*, págs. 27 y 31.

(35) En *Bellone...*, pág. 62.

do apareció no solamente el espíritu nacionalista democrático, sino también su consecuencia lógica: el ejército de masas» (36). Así, hay que fechar la primera guerra del siglo XIX en el día 4 de julio de 1776, día de la declaración de la independencia.

Curiosamente, la nueva Constitución de los Estados Unidos de América era un canto al antimilitarismo: inspirada por el miedo hacia una institución militar poderosa, el presidente, un civil fue declarado jefe supremo de todas las fuerzas armadas, y durante la guerra, también de las milicias de los Estados; sólo el Congreso está habilitado para declarar la guerra o votar fondos para usos militares, y únicamente para dos años cada vez. Los Estados particulares mantenían sus propias milicias, aparte e independientes del ejército nacional, que era muy exiguo. No hay ninguna disposición que estipule que los jefes militares aconsejarán a los jefes civiles, «y si hubo disposiciones relativas al uso de la violencia y de la guerra, fueron adoptadas con repugnancia, y a los agentes de la violencia se les mantuvo en un papel instrumental» (37). Pero esto no impedirá que la nación, que se ha presentado siempre como la campeona de la democracia y del derecho de los pueblos a disponer de sí mismos, adquiera, desde el día mismo de su fundación, un carácter profundamente militarista y expansionista: la Revolución de independencia llevó a la presidencia del general Washington; posteriormente, las batallas y escaramuzas en las fronteras facilitaron los éxitos políticos de los generales Jackson, Harrison y Taylor en la guerra con México; asimismo, la Guerra de Secesión condujo al general Grant a la Presidencia; luego, todos los presidentes, desde Grant hasta Mac Kinley, con excepción de Cleveland y Arthur, fueron oficiales de la Guerra de Secesión, aunque sólo Grant fue militar profesional. Y otra vez, con motivo de la pequeña guerra hispano-norteamericana, advertimos cómo otro militar, Teodoro Roosevelt, asciende a la Casa Blanca. Asimismo, la frecuencia en verse complicada dicha nación en enfrentamientos bélicos, en guerras y en expediciones de conquista, ha sido cuando menos elevada: como explica Wright Mills, desde la rebelión de Shays hasta la guerra de Corea, «no ha habido un período de alguna duración sin violencia oficial»: desde 1776, los Estados Unidos de América han tenido siete guerras exteriores, una guerra civil de cuatro años, un siglo de batallas y escaramuzas constantes con los indios, así como despliegues intermitentes de violencia en China y para someter la América Antillana y parte de la Central» (38). Y todo ello con el siguiente resultado, según la revista *Fortune* (39): «El ejército de los USA ha hurtado,

(36) Véase *L'influence...*, pág. 125.

(37) Véase Wright MILLS: *La élite del poder*, Madrid, 1970, pág. 170, y Louis SMITH: *La democracia y el poder militar*, Buenos Aires, 1965, 2.^a edición, págs. 13 y 14.

(38) En *La élite del poder*, pág. 171.

(39) Citado por Wright MILLS: *Op. cit.*, pág. 171.

desde 1776, más kilómetros cuadrados de tierra por pura conquista militar que ningún otro ejército del mundo, exceptuando el de la Gran Bretaña.»

La irrupción de la guerra de masas va a encontrar en Europa su primer teórico, Guibert, que en su *Essai Général de Tactique*, que apareció en 1792, va a proclamar que la hegemonía en Europa recaerá sobre la nación que entre todas se dé la primera un verdadero ejército nacional y, efectivamente, la necesidad para la revolución de combatir contra los «tiranos» va a tener como efecto la aparición de los ejércitos y de esa guerra de masas. Como indica Raoul Girardet, la primera innovación de la Revolución Francesa fue la noción de *ejército nacional*; reclutado mediante la *conscriptión* en la masa de la población y que se oponía a los ejércitos de la vieja Europa dinástica, de carácter profesional, y reclutados, en su mayoría, mediante voluntariados. El 24 de febrero de 1793 se promulgó un decreto de la Convención que ordena la «requisa» de 300.000 hombres de entre los solteros y los viudos, o casados sin hijos; algunos meses más tarde, el decreto del 21 de agosto de 1793 proclama el «levantamiento en armas», y pone a «todos los franceses en situación de permanente requisa para el servicio de los ejércitos»: todos los hombres jóvenes, solteros y viudos sin hijos de doce a veinticinco años eran llamados a las armas. La Convención pasa a disponer así de un ejército de aproximadamente 750.000 hombres, cifra nunca alcanzada hasta entonces. La ley Jourdan, del 23 de septiembre de 1798, vino a institucionalizar definitivamente el sistema: «Todo francés es un soldado —afirmaba el preámbulo de la ley— y se debe a la defensa de la Patria.» Pese a las numerosas exenciones, la institución del servicio militar había pasado a ocupar un lugar destacado entre los principios fundamentales del derecho público francés (40). Así, pues, por de pronto, los revolucionarios franceses van a oponer el ejército de masas a los ejércitos tradicionales monárquicos. El resto de Europa queda aterrada: la gran concentración de Châlons produce una impresión prodigiosa; en Jemmapes, es el número el que decide; en Hoondschoote, los franceses son cuatro veces más numerosos que los anglo-hannoverianos; en Wattigniesk, el ala derecha francesa, que cuenta con 24.000 hombres, es más numerosa que la totalidad del ejército austríaco... (41) Pero se va a ir aún más lejos, y la guerra total se halla implícita en este decreto del 23 de agosto de 1793, que estipula que «Desde ese momento, y hasta que todos los enemigos hayan sido expulsados del territorio de la República, todos los franceses quedan reclutados permanentemente para el servicio armado. Los jóvenes irán al combate, los varones casados forjarán las armas y transportarán los abastecimientos, las hembras confeccionarán tiendas, ropa y servirán en los hospitales, los viejos se harán llevar a las plazas públicas para excitar el coraje de los gue-

(40) *Problemas contemporáneos...*, pág. 4.

(41) Véase *Bellone...*, pág. 3.

rreros, predicar el odio de los reyes y la unidad de la República» (42). No se pasó por alto el problema de la producción: durante tres meses todos los zapateros debían entregar a la intendencia militar tres pares de zapatos cada diez días, estipulándose que serán de punta cuadrada, de forma a poder detectar a los civiles que los hubieran adquirido en el mercado negro montado por los traficantes... Raoul Girardet ha confirmado elocuentemente esa pretensión de la Revolución Francesa de llegar hasta la movilización total: yendo más allá del ejército nacional y del servicio militar, la política de la Convención «tendió a hacer participar en el esfuerzo de guerra a la totalidad de la colectividad nacional». Así, en base al decreto del 21 de agosto de 1793, «los mayores científicos del tiempo fueron llamados a poner su inventiva y sus investigaciones al servicio de la defensa nacional. Innumerables talleres fueron convertidos en manufacturas de armas. Los viejos papeles, el bronce de las campanas, el salitre de las cavas de las cenizas del hogar fueron recogidos, los cocheros y barqueros requisados. Si es difícil apreciar el alcance práctico de esta inmensa empresa de movilización colectiva, ésta es significativa de uno de los primeros esfuerzos sistemáticos llevados a cabo por un Estado moderno para controlar y organizar, en función de las necesidades bélicas, el conjunto de los recursos nacionales» (43). Más tarde, Napoleón será el encargado de extenderla por Europa, la noción de nación armada, predicando «como misionero», a lo largo y a lo ancho, y de una punta a otra de Europa, el nuevo Evangelio de la guerra (44).

El reto planteado por Francia a las dinastías europeas no podía sino extender a éstas, lo quisieran o no, el principio de la nación armada: en 1813 Prusia instaaura el servicio militar obligatorio y universal. Mientras, la doctrina cuajaría en la obra de Von Clausewitz, destinada a convertirse en el libro básico de la guerra total industrial; como explica J. F. C. Fuller, éste, «aceptando la idea de cantidad como principio del sistema napoleónico», basó su filosofía de la guerra «sobre el siguiente silogismo: un soldado es un hombre que lucha; una Nación es una masa de combatientes en potencia; para llevar al punto máximo el poder de lucha de un país se requiere que todos los hombres de la Nación reciban una instrucción militar...». Se trataba de hacer la guerra «con todo el poderío de la Nación» (45).

Las consecuencias de este postulado de partida iban a ser terribles. Pero, curiosamente, y por contraste, pasadas las guerras napoleónicas, el siglo XIX va a ser particularmente tranquilo desde un punto de vista bélico: la guerra de Crimea, la guerra austro-prusiana de 1866, la guerra franco-alemana de 1870 han sido guerras breves y limitadas, que apenas difieren de las guerras al estilo antiguo.

(42) Véase R. CAILLOIS: *Bellone...*, pág. 112.

(43) En *Problèmes contemporains...*, pág. 5.

(44) Véase J. F. C. FULLER: *La conduite de la guerre*, París, 1963, pág. 51.

(45) En *L'influence...*, pág. 127.

Sin embargo, los tiempos no van a tardar en cambiar: de una forma lenta, primero, hasta llegar a la aceleración final, que puede situarse aproximadamente entre la guerra franco-prusiana y la Primera Guerra Mundial, y el movimiento se va a dar no sólo en el campo de los efectivos, sino también en el del armamento. Ciertamente, las guerras de la revolución y del imperio no aportan modificaciones notables en el armamento, y los soldados de Napoleón I siguen luchando con el fusil modelo 1777, y usando material de artillería de Gribeauval, puesto en servicio bajo Luis XVI. Pero en 1848 se sitúa el primer acelerón: «Se oyeron los primeros estruendos de un nuevo período de guerra...» cuando los dos inventos militares más importantes de la primera mitad del siglo XIX, la cápsula de percusión y la bala cilindro-cónica, «le dieron nueva vida a la teoría "cuantitativa" de la guerra». Efectivamente, estos dos inventos «revolucionaron la táctica de la infantería. El primero permitía el empleo del mosquetón aun en tiempos de lluvia... El segundo permitió que el fusil se transformase en el arma más mortífera del siglo...». A su vez, mientras ocurrían estos cambios, la propulsión a vapor, bajo forma del motor marino y de la locomotora, iban a sentar «las bases de una política de fuerza intensificada que iban a trastocar el mundo en el transcurso del siglo XIX...».

Finalmente, el 9 de marzo de 1862, en el transcurso de la guerra civil americana, ocurre el primer combate entre acorazados (46).

Pero no nos anticipemos; porque antes que el acorazado es el ferrocarril el que va a suponer una nueva gran mutación que el Estado prusiano va a ser el primero en aprovechar: «No se debió al puro azar —dice Fuller— que la Nación que había producido a Clausewitz fuese la primera en percatarse de la importancia capital de los ferrocarriles para la guerra. Antes mismo de que una sola línea fuese construida en Prusia, vemos a los ingenieros civiles estudiar la importancia militar del ferrocarril. A partir de 1853, por ejemplo, F. W. Harkort hacía notar que una vía férrea que uniese a Colonia con Minden, y otra a Mayencia con Wesel, incrementaría notablemente los medios de defensa de Renania, y C. E. Punitz insistía sobre la oportunidad de construir un amplio sistema ferroviario que protegiese a Prusia contra Francia, Austria y Rusia. Simultáneamente, Friedrich List (1789-1846), el más genial economista, recalcaba que gracias al ferrocarril Prusia, que no era más que una potencia de segundo orden..., podría ocupar un puesto importante (entre las primeras)» (47).

Otro invento iba cuajando ya, por lo demás, que iba a permitir la primera extensión física vertical, hacia las ondas, de la guerra: la telegrafía sin hilos, que contribuyó, si no a crear la guerra psicológica, que es tan vieja como la guerra misma, al menos a darle a la propaganda «una influencia

(46) Véase *L'influence...*, págs. 128 y sigs.; véase también, del mismo autor, *La conduite...*, pág. 80.

(47) En *L'influence...*, pág. 132.

anormal, a hacer enloquecer a naciones enteras, transformando las palabras y los escritos en un arma de guerra dotada de la rapidez de la luz y de un radio de acción mundial. Provocó, además, el desarrollo de la ciencia electrónica» (48). Por de pronto, servirá para la transmisión de información, como aconteció durante la Guerra de Secesión norteamericana, guerra notable, por lo demás, por cuanto implica un salto cualitativo en la utilización del armamento: se usaron morteros, granadas, cohetes, ametralladoras, se adoptó el fusil de repetición. Se hicieron las primeras pruebas tendentes a la utilización de torpedos, de minas terrestres y submarinas, del telégrafo de campaña, de la señalización óptica y mediante banderines. Además, se utilizaron trenes blindados, globos, etc.

Si desde las guerras de la Revolución y del Imperio se había vuelto a reducir la tropa, la guerra austro-prusiana de 1866, posterior en el tiempo a la Guerra de Secesión, va a representar un paso adelante en el camino que conduce a la guerra total, guerra que, como su nombra indica, tiende a utilizar a la totalidad de los varones en edad de luchar de que disponen las sociedades. Efectivamente, a partir de 1866, ejércitos muy importantes entran en campañas, y el ejército regular, profesional, cede poco a poco el paso ante el servicio militar de corta duración. A su vez, cuanto más se incrementan los efectivos de la tropa, más tributarios de las industrias se tornan en los ejércitos para su equipamiento, su armamento y el aprovisionamiento en tiempos de paz como en tiempos de guerra. Así, la industria es organizada en vistas a la guerra. A su vez, la paz se transforma más claramente en el período de preparación de la guerra que surgirá indefectiblemente.

La guerra de 1870 no va a suponer la introducción de grandes innovaciones, sino la rápida extensión de las ya adquiridas recientemente. Sin embargo, una de sus más directas será el aprovechamiento, en su mayor grado aún, de los recursos humanos varones. De esta forma, por la ley del 27 de julio de 1872, la recién establecida III República extiende el principio de la obligación efectiva del servicio militar al conjunto de la colectividad nacional, «aun manteniendo ciertas dispensas y determinadas desigualdades en cuanto a duración del servicio»; estas desigualdades y dispensas serán suprimidas, sucesivamente, entre 1889 y 1905. Por otra parte, al tiempo que la obligación del servicio activo es extendida universalmente, se verá prolongada por la obligación —terminando el servicio militar activo— de permanecer a disposición del ejército para servir en las unidades de «reservas» y «territoriales», posteriormente, en última instancia, para ser movilizado. Así, en 1914, el período durante el cual todo ciudadano francés quedaba sometido a las obligaciones militares se extiende a lo largo de veintiocho años, de los cuales tres años de servicio militar activo (49).

(48) Véase F. C. FULLER: *La conduite...*, pág. 126.

(49) Véase R. GIRARDET: *Op. cit.*, pág. 6.

Volveremos, más adelante, sobre el tema de la extensión de la obligación militar.

Por de pronto, en 1875 se vuelve a producir una nueva mutación decisiva en el campo del armamento. Arranca de un nuevo período, y las armas de fuego se perfeccionan de una forma decisiva; el fusil de repetición aumenta la cadencia del tiro; el empleo de la ametralladora trastoca la táctica seguida hasta entonces por la infantería; la precisión y el alcance de los proyectiles son incrementados por el progreso de la fabricación de los aceros y en la química de las pólvoras. La motorización permite una mayor movilidad de la artillería, siendo eliminada la caballería. Surgen los vehículos acorazados, los problemas de transportes de tropas y de munición, el consumo de los cañones y de las armas automáticas pasan a ocupar el primer lugar entre las preocupaciones de los Estados Mayores, se introduce un nuevo tipo de entrenamiento consistente, explica Caillois, en «sustituir los reflejos que desencadenan el instinto de conservación por reflejos de obediencia, tornados igualmente mecánicos por técnicas probadas», que obtienen «un triunfo ininterrumpido sobre el miedo y la duda de la criatura». La instrucción militar, por otra parte, tiende a enseñar al recluta el manejo de armas cada vez más mortíferas y complicadas, «es decir, de ingenios cuya concepción, construcción y necesidades en proyectiles reclaman una cifra cada vez más elevada de horas de trabajo» (50). Girardet, centrándose en la mejora armamentística, señala su fatal importancia: «Cuando, por ejemplo, el fusil de 1777 sólo tenía un alcance muy limitado (no más de doscientos metros) y una velocidad de tiro muy reducida (tres tiros en dos minutos), el fusil Lebel, puesto en servicio en el ejército francés a finales del siglo XIX, permitía doce disparos al minuto, con toda la precisión deseable y a más de mil metros. No hay relación entre el cañón de bronce del material de Gribeauval, que se cargaba por el cañón y cuyo alcance útil no sobrepasaba los quinientos metros, y el «75» francés de la Primera Guerra Mundial, capaz de disparar varias veces por minuto y de alcanzar un objetivo a más de cinco kilómetros. El gran incremento del poder de los explosivos, la aparición del arma automática, terminan dándole todo su sentido a dicha mutación» (51).

Es precisamente esa mutación en el armamento lo que facilita la creación de los imperios coloniales europeos, requerida, entre otras causas, por una presión demográfica incrementada.

Ya hemos hablado de la telegrafía sin hilos; la generalización de su utilización, junto con el invento del motor de combustión, van a dar el toque final a la panoplia de material que se empleará en la Primera Guerra Mundial, que nosotros consideramos como la primera «Guerra total industrial», en el pleno sentido de la expresión.

(50) Véase *Bellone...*, págs. 167 y sigs.

(51) En *Problèmes contemporains...*, pág. 7.

Desde el punto de vista del armamento y de la técnica, toda está ya entonces a punto para aquella guerra cuyo resultado hizo que se dudara largo tiempo de la posibilidad de que volviera a repetirse en igual escala. En cuanto al factor humano, en todos los países de Europa salvo en uno, Gran Bretaña, y en los USA, también se ha llevado a cabo un gran esfuerzo: solamente dos naciones que no parecían haber entendido aún el problema, Gran Bretaña y los USA, ignoran aún el sistema de la conscripción. Gran Bretaña lo instaurará en 1916.

No parecían todos haberse percatado, por tanto, del carácter devorador de vidas humanas que iba a adoptar el próximo conflicto; sin embargo, el incremento de los ejércitos (antes de que también la población civil, mediante la aviación y el trabajo forzoso para el ocupante, se viera implicada en el mecanismo de destrucción) era el exponente máximo de la militarización progresiva de la sociedad. Es él quien da fe, sin equívocos, del proceso: en 1818, el ejército francés contaba, en tiempos de paz, con 250.000 hombres; la cifra pasa a 365.000 en 1820, 451.000 en 1832, 500.000 de media en el Segundo Imperio, 616.000 en 1900, 818.000 en 1914. A principios del siglo XIX se puede estimar que los Estados europeos en su conjunto mantenían bajo las armas aproximadamente a cuatro millones de hombres. En agosto de 1914, el ejército francés, al quedar movilizadas 28 quintas, va a contar con 3.854.000 hombres (un francés de cada diez), el alemán con 3.833.000, el ruso con más de tres millones.

En agosto de 1913 el telón de la Historia se levantó, pues, sobre un nuevo y refinado tipo de guerra... Sin embargo, habida cuenta del carácter precursor de las guerras de la Revolución y del Imperio, la «Guerra total industrial» ha tardado en llegar.

De todos los conflictos armados del transcurso del siglo XIX, tan sólo la Guerra de Secesión, en el continente americano, aparece como la prefiguración de los grandes choques guerreros de la primera mitad del siglo XX; la movilización de enormes y poderosas masas humanas, el carácter pasional e ideológico particularmente acentuado de la lucha, el papel determinante desempeñado por el material y el grado de industrialización... En cambio, como explica Girardet, las guerras llevadas a cabo en el continente europeo «pueden ser legítimamente consideradas como un carácter más limitado que los conflictos de la era revolucionaria» (52).

Curioso hecho éste de las guerras limitadas y cortas que se llevan a cabo durante el resto del siglo XIX; hecho tanto más anacrónico cuanto que, como indica L. Munford, el estado normal de la sociedad paleotécnica es el estado de guerra: «Ninguna palabra —escribe— puede describir mejor el estado de la sociedad paleotécnica que la de guerra. Sus órganos más típicos, desde la mina hasta la fábrica, desde el alto horno hasta la chabola, desde la

(52) Véase *Problèmes contemporains...*, pág. 8.

chabola hasta el campo de batalla, se hallan al servicio de la muerte. ¡Rivalidad, lucha por la existencia, dominación y sentimiento, aniquilamiento! Con la guerra, principal estímulo, base fundamental y meta natural de esta sociedad, las reacciones y los móviles normales de los seres humanos se reducen a la sed de dominación y al temor al aniquilamiento... La mina y el campo de batalla se disimulan detrás de todas las actividades paleotécnicas, y los métodos que han alentado han llevado a una explotación sin límites del miedo» (53).

Y, sin embargo, la aparición de la guerra total se situará en el ocaso de la era paleotécnica (Primera Guerra Mundial: 1914-1918) y su culminación en la primera fase de la era neotécnica (Segunda Guerra Mundial: 1939-1945); y estas dos guerras, llamadas mundiales, van a ser precisamente las dos primeras guerras totales e industriales.

Pero es por la extensión geográfica de la guerra, como por el incremento de su intensidad, por lo que la Segunda Guerra Mundial aparece hoy como la culminación de la «Guerra total industrial»... y, con todo, pese a considerar que la era paleotécnica era más bélica que la neotécnica, hay que darle en parte la razón a L. Munford en lo referente a la interrelación entre industrialización y militarización: las guerras de la primera mitad del siglo xx han conducido a lo que puede llamarse una «militarización creciente» de la vida económica de las sociedades en guerra. Pero han conducido igualmente a una «industrialización creciente» de los aparatos militares en presencia (54).

Porque era evidente, en uno de los lados de la relación, que la guerra total, en la civilización industrial, llevaría a la «Guerra total industrial»; como señala Girardet, ya bajo la Revolución, la Convención había requisado para la defensa nacional una parte importante de la actividad económica del país; por otra parte, en el transcurso del siglo xix, la noción de movilización industrial se había, poco a poco, impuesto y precisado. De esta forma, en 1914, el Estado Mayor francés había previsto, en caso de hostilidades, que las fábricas francesas deberían producir 13.600 obuses del «75», 2.470 cartuchos y 24 toneladas de pólvora B al día, y que estos niveles de producción se alcanzarían ochenta y un días después del inicio de hostilidades; pero a los ochenta y un días la artillería requería una producción de

(53) Lewis Munford distingue entre era neotécnica, era paleotécnica y era eotécnica: «Contemplando los últimos mil años se puede dividir el desarrollo de la máquina y su civilización entre fases sucesivas pero que se superponen y se interpenetran: eotécnica, paleotécnica y neotécnica (en *Técnica y civilización*, Madrid, 1971, pág. 128). Añade que: «Expresándonos en términos de energía y materiales característicos, la fase eotécnica es un complejo de agua y madera; la fase paleotécnica es un complejo de carbón y hierro, y la neotécnica es un complejo de electricidad y aleación» en *op. cit.*, pág. 129). Véase también *Eléments pour une économie organique*, anónimo, editado por las Ediciones Saint Just, en París, 1962, págs. 11 y 12.

(54) Véase R. GIRARDET: *Problèmes contemporains...*, págs. 12 y 13.

50.000 obuses del «75» al día, cifra que se alcanzó en marzo de 1915, pero cuando ya se necesitaban 80.000 obuses diarios; en septiembre de 1915, el Estado Mayor solicita que se lleve el ritmo de producción a 150.000 obuses diarios, es decir, 10 veces la cifra prevista por los planes de movilización industrial, y en lugar de 50.000, son entonces un millón de trabajadores, de los cuales 200.000 mujeres, los que se hallan empleados en Francia en la producción de armamento, mientras que Gran Bretaña utiliza aproximadamente una fuerza laboral doble. Cifras muy características de ese dinamismo multiplicador presentado por la guerra ya desde el principio del primer conflicto mundial: el incremento al límite máximo de la producción de material, de armas y de municiones «se han transformado, por cada beligerante, en una puesta vital de la que depende la suerte de la lucha. De ahí el carácter de *competencia industrial* tomado por la Primera Guerra Mundial y que la Segunda ha acentuado aún más». Desde entonces, sigue explicando Girardet, no cuenta, en primer lugar, la cifra de batallones o de divisiones, el valor y la voluntad de los combatientes, la habilidad estratégica del mando, sino también, «y con un paso cada vez mayor, las capacidades de producción de la nación beligerante». Así, el país que sea capaz de disponer «de las más importantes cantidades de "metal organizado" puede ganar», y la lucha y el combate no son ya esencialmente entre ejércitos, sino también entre fábricas: la superioridad militar de un país «tenderá a confundirse con su superioridad industrial». De esta forma, la guerra «ha entrado, en 1914, en la fase industrial» (55).

Ya la guerra no sólo absorbe, como en las guerras de la Revolución y del Imperio, a toda la población masculina utilizable en el campo de batalla; para hacer funcionar esas fábricas que ofrecerán la victoria en esa «competición industrial», y he aquí ya una forma de implicación del civil en la guerra de las muchas que producirá la «Guerra total industrial», se hará menester obligar a los civiles a trabajar para el esfuerzo de guerra; la Segunda Guerra Mundial, culminación del proceso, verá en la práctica la movilización casi completa de la población, de cualquier sexo y edad —mientras no le correspondiese ya luchar en los campos de batalla—: el trabajo obligatorio, tanto de las mujeres como de los hombres, es introducido en los países democráticos; en razón de la constante amenaza de ataques aéreos, es llevada a cabo la *levée en masse* no armada de la defensa civil aérea —vigías de incendios, brigadas de bomberos, escuadras de demolición, la Policía, unidades de ambulancias, etc., ya en razón del peligro de una invasión aérea-transportada, se levantan milicias como la *Home-guard* británica o el *Volksturm* alemán.

En otros capítulos posteriores veremos los efectos de la guerra en el campo político, económico, demográfico, social, artístico y cultural, tecnológico y científico, dentro de la sociedad industrial. No obstante, podemos

(55) R. GIRARDET: *Op. cit.*, pág. 10.

adelantar que, a efectos de aclaración, la competencia industrial que la «Guerra total industrial» llevaba consigo obligó al Estado a no dejar en ningún momento la economía de la mano del mecanismo ciego de la oferta y de la demanda, y, en una palabra, a intervenir, reglamentar, planificar: al tomar la nación entera el aspecto de una fortaleza sitiada, tenía que vigilar un equitativo reparto de los bienes de consumo considerablemente escasos; orientar hacia las necesidades de la lucha todo el esfuerzo de producción del país; dar paso a las primeras formas sistemáticas de planificación económica. Estas últimas han aparecido en el transcurso de la Primera Guerra Mundial: desde 1915 se ve ya, en la Alemania en guerra, al Estado colocar bajo su control la mayor parte de los sectores de la actividad económica; en 1916 será creado un organismo especial bajo la autoridad de W. Rathenau, encargado de coordinar y dirigir, en función del esfuerzo de guerra, la casi totalidad de la economía nacional. Pronto, de una manera más o menos coherente, de un modo más o menos feliz, todos los demás beligerantes se verán obligados a imitar ese ejemplo (56). Y cuando, en la Segunda Guerra Mundial, se alcance el paroxismo de la «Guerra total industrial», los últimos reductos del liberalismo, Gran Bretaña y, sobre todo, los USA, caerán: allí donde el papel director del Estado se halla poco desarrollado, la Segunda Guerra Mundial lo incrementa en considerables proporciones: en los USA, sobre todo, el «War Production Board», establecido por Roosevelt desde enero de 1942, y luego el «Office of war Mobilization», creado en mayo de 1943, extienden su control sobre el conjunto de la economía nacional, «velando por la búsqueda y por el reparto de las materias primas, coordinando todas las fabricaciones de guerra, distribuyendo la mano de obra según las necesidades esenciales de las diferentes ramas de la producción». En 1944 será realmente la totalidad de su potencial económico, íntegramente movilizado y organizado, lo que las naciones beligerantes mandarán al combate.

Se trata, pues, de una verdadera militarización total —no sólo económica— lo que provocará la «Guerra total industrial». Fenómeno inevitable, ya que, como señala Gordon Wright, la movilización total «engendra evidentemente, y al menos durante la guerra, cierto grado de militarización de la sociedad»: una tensión prolongada impone una «disciplina cívica intensificada: regimentamiento incrementado de la vida del ciudadano, jerarquización de las relaciones, sustitución parcial de los valores civiles por los valores militares. Necesidades nuevas acarrear fuertes modificaciones en las costumbres y en los valores sociales; respeto, gloria y prestigio recompensan las proezas de otro orden, dejando en la sombra los éxitos acostumbrados. Los caminos normales de movilización social son desviados o bloqueados como por un temblor de tierra; otros, en cambio, se abren ante individuos que hasta entonces habían sido seres oscuros. De ahí una reclasificación inevita-

(56) Véase R. GIRARDET: *Op. cit.*, págs. 11 y 12.

ble de las relaciones, que puede ir en el sentido de la unificación, pero que a veces acentúa las desigualdades». En regla general, explica, los beneficiarios de las guerras modernas son los militares profesionales, y ello a expensas de los que se dedican a actividades pacíficas (57). Por otra parte, y esto no es una característica exclusiva de las guerras totales industriales, sino de cualquier tipo de guerra total, las guerras absolutas piden jefes absolutos. En este caso, el poder absoluto iba a ser... total, y la sociedad tenía que desembocar forzosamente en una sociedad totalitaria. Cuando la primera «Guerra total industrial» finalizó, y se puso de relieve su carácter totalitario, y el que ese carácter no iría sino afirmándose en conflictos futuros, se sacó la pertinente lección, a saber, que para una guerra total se necesitaba un Estado totalitario si se deseaba sobrevivir a la contienda, y sobre todo ganarla. Acabada la Primera Guerra Mundial, está la perspectiva que promería la Segunda. Todos entendieron, como indica Monnerot, que «desde el punto de vista bélico el Estado totalitario se halla siempre aventajado a los demás» (58). Fraga Iribarne, por su parte, indica que la guerra total requiere una nación de hormigas, la nación en guerra «tiende a convertirse en un hormiguero, y cuanto más se acerca a ese modelo, más eficaz será su acción» (59).

La demostración histórica más palpable de que la guerra total conducía al Estado totalitario fue la rápida cadencia de aparición de dictaduras en Europa, teniendo en cuenta que si bien el Estado dictatorial o autoritario no es igualmente una condición *sine qua non* del establecimiento de este último. La cadencia iba a ser la siguiente: 1923, Italia (Mussolini), y España (Primo de Rivera); 1924, Portugal (Carmona), y Polonia (Pilsudski); 1933, Alemania (Hitler); 1934, Austria (Dollfuss); 1936, España (Franco).

Fijémonos en el hecho de que de estos siete países tres se hallaban en el grupo de los vencidos de 1918, que Italia se consideraba poco más que derrotada en última instancia y que Polonia presentía que su independencia no sería defendida frente a las inevitables reivindicaciones rusas y alemanas más que por la fuerza.

La marcha hacia la guerra total, ya lo hemos apuntado antes, llevaba implícita la incorporación del civil a la gran tarea común de la guerra. Iniciada en 1914, esta movilización civil, como hemos visto, culminó durante la Segunda Guerra Mundial, pero con la agravante de que no solamente se contó con los civiles propios, sino también con los de los vencidos y ocupados; si ya en 1914, en las regiones ocupadas, en Bélgica y en los departamentos franceses del Norte, Alemania había procedido a llevar a cabo deter-

(57) Véase Gordon WRIGHT: *L'Europe en guerre*, París, 1971, pág. 211.

(58) En *La guerre en question*, París, 1951, pág. 54. Añade este autor: "Hay que hallar el justo medio: imitarlo (al estado totalitario) lo suficientemente como para poder defenderse frente a él, pero no lo bastante como para parecerse a él" (pág. 54).

(59) En *Revista de Estudios Políticos* núm. 89, Madrid, 1956, artículo titulado "La guerra sin límites".

minadas requisas de nueva mano de obra, el sistema fue considerablemente ampliado y generalizado en el transcurso de la Segunda Guerra Mundial (60). Desde ese momento los civiles del enemigo se convirtieron en un objetivo militar, derrumbándose así una larga tradición instaurada desde la Edad Media y cada vez más difícilmente mantenida desde la Revolución Francesa.

La guerra total utilizó, pues, a los civiles; éstos participaban en ella y, lógicamente, pagarían tributo por ello. Inevitablemente, en el camino de la guerra total que comienza en julio de 1914 para terminar, podríamos decir en apoteosis, en mayo de 1945, los civiles iban a ir dejando cada vez más un número mayor de esquelas mortuorias, tanto en cuanto a cifras absolutas, como en las relativas, en comparación con el personal totalmente militar. De esta forma, si durante la Primera Guerra Mundial uno de cada veinte muertos en guerra es civil, en la Segunda Guerra Mundial dicha proporción se elevará a uno de cada dos (61). Pero sólo se trata de una media, y de esta forma, durante la Segunda Guerra Mundial los 18 millones (?) de muertos soviéticos abarcan tan sólo siete millones de militantes; de 1.700.000 muertos yugoslavos sólo hay 300.000 militares, y de los 4.800.000 muertos polacos, 200.000 militares...

Si querer extendernos sobre el carácter más mortífero del armamento a medida que se acerca la culminación atómica de la «Guerra total industrial» durante la Segunda Guerra Mundial, nos parece, sin embargo, recalcar que dicha «Guerra total industrial» no se limitó a movilizar sólo lo humano —en cuanto fuerza militar— y lo económico, sino que, lógicamente, también lo psicológico. El libro *Propaganda als Waffe (La propaganda como arma)*, del coronel Blau, es publicado en 1937, y en él se establecen las bases de la guerra psicológica que todos los beligerantes pondrán en aplicación durante la segunda contienda de esta primera mitad de siglo... Innovación también la logística, única forma de poder hacer efectivo el fruto del enorme esfuerzo al que se iba a someter a las naciones, entendiéndose por ella todo lo concerniente a las organizaciones de la retaguardia, el abastecimiento, las comunicaciones, los transportes, etc. Ciertamente, estos problemas se habían planteado ya con una amplitud desconocida en el «arte militar» desde 1914, pero las enormes masas humanas que había que abastecer entonces en víveres, en material y en municiones se hallaban entonces casi inmóviles en las trincheras a lo largo de frentes relativamente fijos; pero en el transcurso de la Segunda Guerra Mundial, las dificultades aumentaron por el hecho de que las unidades combatientes se desplazaban, y a veces con rapidez, sobre distancias frecuentemente considerables; el ritmo de la lucha se precipitó, las líneas de comunicación se alargaban al tiempo que se imponía la necesidad —obsesiva— de proveer de carburante a los motores. Las oficinas de coordinación y de planificación, explica Girardet,

(60) Véase R. GIRARDET: *Op. cit.*, págs. 17 y 18.

(61) En base a cálculos de R. GIRARDET: *Op. cit.*, pág. 21.

«tendrían, pues, que desempeñar un papel cada vez más decisivo: los ejércitos, ellos también, entraban en la era de los organizadores». Y, mientras los científicos eran impulsados a buscar, cada vez con mayor rapidez y urgencia, medios que poner a disposición de la guerra total, adquiriendo así esta última, además del carácter de competición industrial, el de competición científica y tecnológica, decisiva ésta hasta el punto de que sería apenas excesivo afirmar que «cada una de las etapas de la guerra queda marcada por la aparición de un nuevo invento que tendió a hacer bascular la victoria hacia uno u otro de los beligerantes» (62).

En resumen, la «Guerra total industrial» trajo consigo la generalización e intensificación del principio de la «nación armada», estableciendo, a raíz de la Revolución Francesa, un enorme incremento del potencial destructivo de los ejércitos, una competición industrial y científica desenfrenada y apoyada en una planificación rigurosa de los medios de todo tipo de que se disponía, y la innovación militar en campos hasta ahora no alcanzados, como el psicológico propagandístico; además, tanto por imperativos de movilización humana y económica, la población pasó a ser blanco de los contendientes, mientras la resistencia y la guerrilla tendían a borrar toda distinción posible entre el civil y el militar...

R. Girardet añade a estos caracteres la desaparición de los llamados «frenos a la guerra total»; nosotros consideramos que este punto merece una consideración aparte.

Además de total, las dos guerras mundiales revistieron el carácter de guerras ilimitadas. Ahora bien, el carácter total de una guerra, en cuanto a los medios empleados, no tiene por qué repercutir —en principio— sobre los fines de guerra ilimitada (o que implican la destrucción total del enemigo). Es decir, que el llevar una guerra de forma total no tiene por qué desembocar en una guerra ilimitada en cuanto a los fines últimos. La diferencia entre guerra limitada y guerra ilimitada se refiere a la finalidad de la guerra y no a los medios empleados, como se deduce de estas definiciones ofrecidas por el general Fuller: «Las guerras son clasificables en guerras limitadas y guerras ilimitadas. Este último término se aplica a la guerra cuyo objeto reside en el exterminio o en la rendición sin condiciones del enemigo. Las guerras limitadas se llevan a cabo para lograr la reparación de un daño particular, para adquirir un territorio o disfrutar de una ventaja particular», etc. (63).

La guerra, originariamente simple medio, ha tendido a convertirse en

(62) En *Problèmes contemporains...*, pág. 12. Ha sido tal el impacto de la ciencia sobre la guerra, que para D. Bell, por ejemplo, el poderío militar es hoy científico («La sociedad postindustrial», Madrid, 1976, pág. 143).

(63) En *La conduite...*, pág. 12.

medio, como lo anunció ya a principios de siglo Lagorgette al escribir que en lugar de ser proporcionales al valor vital del diseño político, final, la intensidad y la extensión del medio «no tienen más que una medida: ser más grandes que lo que intenta ser mayor que ellas». Es decir, que «ya no tienen medida extrínseca». El medio, por así decirlo, «se separa del fin, para adquirir una vida propia, vida exuberante, y un desarrollo indeterminado, como si fuese no ya un medio cuya importancia queda subordinada a la del fin, sino un fin en sí, cultivado por el mismo». Si Clausewitz es formal cuando subordina la guerra a la política, sólo un siglo más tarde, Ludendorff invierte deliberadamente la fórmula y ofrece, al contrario, la política como un instrumento de la guerra; esta última pasa a ser la expresión suprema de la voluntad de existencia nacional, y no se contempla a la paz «sino como un intermedio durante el cual los poderes civiles dejan a los militares la posibilidad de preparar un nuevo conflicto». Concluye: «Toda actividad humana y social se justifica tan sólo si prepara la guerra» (64).

Pero aun en base a la actitud tomada por Ludendorff, la guerra llevada de una forma total no tiene por qué desembocar en la destrucción «total» (finalidad ilimitada) del enemigo. Y el caso español, durante la guerra civil, al terminar dicha contienda con una «rendición sin condiciones» del enemigo, desmiente la relación directa entre guerra total y guerra ilimitada.

Sostenemos, pues, que el empleo de medios drásticos, de todos los medios —que es lo que en definitiva es la guerra total—, no tiene por qué desembocar en una guerra ilimitada —guerra cuya finalidad es la eliminación del grupo social adverso como tal grupo social autónomo o como tal grupo social a secas—. Con todo, es evidente que en este siglo estamos asistiendo al progreso, a pasos agigantados, de la guerra ilimitada. Por ejemplo: la Segunda Guerra Mundial terminó para Alemania con el Tratado de Versalles; en virtud del mismo, el Reich perdía el 1/8 de su territorio y el 10 por 100 de su población, no podía tener un ejército de más de 100.000 hombres, etc. Pero, más que el fondo, es la forma en que fue llevada la negociación o, más bien, la imposición: ya las negociaciones, indica H. Savon, habían sido llevadas de una forma tan poco habituales como muy humillantes para los vencidos. Estos no habían sido invitados a las negociaciones, que se habían desarrollado entre vencedores. Los plenipotenciarios alemanes sólo pudieron hacer, y *a posteriori*, cuando las decisiones habían sido ya tomadas, observaciones que fueron prácticamente rechazadas en su totalidad, habiendo declarado el presidente Wilson que «de todas formas ya era tarde». Finalmente, el Tratado le imponía a Alemania una cláusula en virtud de la cual parecía reconocer que era, junto con sus aliados, el único responsable del

(64) Véase R. CAILLOIS: *Bellone...*, pág. 148.

conflicto mundial (65). En Alemania, las reacciones no se hicieron esperar. Cuando el 12 de mayo de 1919 la Asamblea Nacional se reúne en el aula de la Universidad de Berlín, ese anfiteatro en el que Fichte, cien años antes, había lanzado su famoso llamamiento a la nación alemana para exhortarla a liberarse del yugo de Napoleón, la desesperación cunde entre los miembros del Gobierno y entre los diputados. Scheideman, exponiendo el punto de vista del Gobierno (socialista) exclama:

«¡Las cláusulas del Tratado son inaceptables para Alemania! ¿Qué mano podría, sin ensuciarse, comprometerse —y nosotros con ella— ante tales cadenas?» Pero M. Fehrenbach, presidente de la Asamblea, será el más lúcido. De pie bajo el retrato de Fichte, lanza un patético aviso a los aliados: «¡Pensad en vuestros hijos y en vuestros nietos!, porque los sufrimientos engendrados en este Tratado tendrán como resultado el crear, en Alemania, una generación cuya única voluntad, desde su nacimiento, será la de romper las cadenas de la esclavitud que le habrán sido impuestas» (66).

(65) H. SAVON: *Du cannibalisme au génocide*, París, 1972, pág. 191. El texto del artículo 231 decía: "Los gobiernos aliados y sus asociados afirman, y Alemania reconoce, la responsabilidad que tienen Alemania y sus aliados por haber provocado todas las pérdidas y daños que los gobiernos aliados y asociados y sus ciudadanos han sufrido a consecuencia de la guerra que les fue impuesta por la agresión de Alemania y sus aliados." Véase también el artículo de Martin GILBERT: "El Tratado de Versalles", en la obra colectiva *Historia mundial del siglo XX*, tomo II, Barcelona, 1972, págs. 271 y sigs., edición española.

(66) La sensación de encadenamiento era tanto más fuerte cuanto que los alemanes creyeron de buena fe que el Tratado se basaría en los catorce puntos enumerados por el Presidente Wilson, y que eran los siguientes:

1. Tratados de paz concluidos en base a discusiones públicas sin anexos secretos. Exclusión de la diplomacia secreta y de los acuerdos particulares de las naciones.
2. Total libertad de navegación de las aguas territoriales, tanto en tiempos de paz como de guerra.
3. Supresión de lo más completa posible de las barreras económicas; concesión de la igualdad de trato en materia de comercio a todas las naciones que desean la paz.
4. Otorgamiento y toma de garantía en cuanto a la limitación de los armamentos nacionales.
5. Arreglo imparcial de todas las cuestiones coloniales teniendo en cuenta los intereses de los pueblos indígenas.
6. Evacuación del territorio ruso, reparto de los territorios que han pertenecido al Imperio ruso en base al derecho de los pueblos a disponer de sí mismos.
7. Completa evacuación y restauración de Bélgica; reconocimiento de su independencia plena y entera.
8. Evacuación del territorio francés; reparación del daño infligido a Francia en 1871 (Alsacia y Lorena).
9. Reajuste de las fronteras italianas conforme al deseo de los habitantes y al principio de las nacionalidades.
10. Posibilidad del desarrollo autónomo y concesión de un lugar entre las naciones a los pueblos del Imperio austro-húngaro.
11. Evacuación de Servia, de Montenegro, de Rumania, y concesión a los serbios de un acceso al mar.
12. La parte turca del Imperio otomano será independiente y soberano en territorio, pero las demás nacionalidades hasta ahora sometidas a la dominación turca

El toque final del Tratado venía dado por la exigencia del pago de 24.000 millones de libras esterlinas como pago en concepto de reparaciones que Alemania, en teoría, habría de pagar, escalonadamente, hasta la década de los setenta, haciendo eco a las palabras de un diputado británico: «Expriremos el limón hasta que crujan las pipas», y a las de Lloyd George: «Deben pagar hasta el último céntimo y nosotros hurgaremos en sus bolsillos hasta que lo encontremos» (67).

La «paz» lograda después de la Segunda Guerra Mundial (sin Tratado, *de facto*) ha sido aún peor: desmembramiento de Alemania, desaparición de Prusia, fronteras exiguas, zonas de ocupación, desaparición del Estado (durante un tiempo) y condena de todo un pueblo —y de sus aliados— ante un tribunal de vencedores cuya sentencia estaba ya dictada de antemano (68). Dice precisamente al respecto Fuller, que «pese a que todas las guerras hayan abundado en atrocidades y que, al final de algunas, más especialmente de las de origen religioso, haya habido represalias y masacres, ninguna, que yo sepa, ha terminado con la proscripción masiva del Gobierno enemigo, de sus hombres de Estado, de sus funcionarios, de su Policía, de sus banqueros, de sus científicos, de sus grandes industriales y de sus generales, por crímenes reales o supuestos, cometidos durante o hasta antes de la gue-

deben recuperar su libertad y obtener garantías de la misma. El estrecho de los Dardanelos debe quedar abierto en parmanencia, y bajo garantía internacional, a los navíos de todas las naciones.

13. Constitución de un Estado polaco independiente al que se incorporarán las poblaciones indiscutiblemente polacas y que gozará de un acceso libre al mar. Su existencia y su independencia políticas serán garantizadas por un Tratado internacional.

14. Creación de una Sociedad de Naciones, cuyos miembros se garantizarán mutuamente de la independencia política y la integridad territorial. Ver al respecto, de Jacques BENOIS-MACHIN, *Histoire de l'Armée Allemande*, tomo I, "L'effondrement, 1918-1919", París, 1964.

(67) Afirma Paul Rassinier con respecto a Versalles que "de memoria de guerreros jamás humillación tal había sido infringida a un vencido, y en memoria de juristas, tampoco jamás semejante merma del derecho de los pueblos a disponer de sí mismos —salvo, evidentemente, posteriormente en 1945 y desde entonces—. Tan sólo las cláusulas militares eran aceptables en que comportaban una reciprocidad, pero en relación al resto, los 132.000 millones de marco oro —es decir, 165.000 millones de francos franceses oro— sólo se pueden comparar con estupor a los 5.000 millones de francos oro exigidos a Francia en el Tratado de Frankfurt" (en *Le véritable procès Eichmann ou les vainqueurs incorrigibles*, París, 1962, pág. 70).

(68) Sobre los procesos de Nuremberg, véase Jos J. HEYDECKER y Johannes LEEB: *El proceso de Nuremberg*, Barcelona, 1965; Gerhard E. GRÜNDLER y Arnim VON MANIKOWSKY: *Nuremberg ou la justice des vainqueurs*, París, 1969, y Giuseppe MAYDA: *Nurember 1946-1966*, Barcelona, 1968. Por el lado de los vencidos, véase de Maurice BARDECHE: *Nuremberg ou la terre promise*, París, 1948 (prohibido hasta 1965); *Lettre à François Mauriac*, París, 1947; *L'oeuf de Christophe Colomb ou lettre à un sénateur d'Amérique*, París, 1951, y *Nuremberg II ou les faux monnaieurs*, París, 1950; Paul RASSINIER: *Le véritable procès Eichmann*, ya citado, e Hildegard SPRINGER: *La espada sobre la balanza*, Madrid, 1955. Sobre el proceso llevado a cabo contra los "criminales de guerra", nipones, véase *La voie de l'éternité*, de Shinshô HANAYAMA, París, 1973.

rra. Si uno se reclama de la justicia, entonces la debe aplicar imparcialmente, lo cual no ha sido el caso ni de Alemania ni de Japón, ya que desde el comienzo de esta caza de brujas se ha adoptado el postulado de que sólo el enemigo podía haber tenido una conducta criminal, y ello pese a los actos monstruosos cometidos por los vencedores... Dicha parodia de justicia no es más que un renacimiento de la crueldad primitiva en una sociedad que ha perdido todo sentido de los valores morales» (69). Y, curiosamente, no achaca este retorno a la guerra ilimitada, a la guerra total, sino a factores ideológicos; contraponiendo las tesis de Clausewitz y las de Churchill, critica la confusión churchiliana entre medios y fines: «Si los hombres se hubiesen tomado la molestia de considerar a Clausewitz, no habrían caído en lo que llamó "el error churchiliano», que consiste en confundir medios militares y metas políticas. Para Clausewitz, la guerra del hombre de Estado es diferente de la del hombre de guerra. Para el hombre de Estado, la guerra es "la continuación de la política en un Estado por nuevos medios"; para el hombre de guerra... no es más que un "duelo en gran escala". En uno de estos casos, la guerra es "la continuación del comercio político", mientras que en el otro, "la guerra destrucción de las fuerzas militares del enemigo es el objetivo de todos los combates". Para que esos aspectos de la guerra se completen, las metas respectivas se oponen: la del primero es la moderación; la del segundo, la violencia. En consecuencia, en el caso de que el segundo eclipsase al primero dejaría de ser instrumento para transformarse en su dueña, y el retorno a la moderación que requiere la paz se haría imposible» (70).

Esta guerra ilimitada, «a muerte», ¿qué conexión tiene con el fenómeno de la guerra total? En principio, ninguno; la guerra total, como hemos explicado, es un medio de alcanzar un fin... que podría ser limitado; la guerra

(69) En *L'influence...*, págs. 215-216; en la pág. 234 del mismo libro, añade este autor que: "Una guerra sin sentido no puede conducir a una paz con sentido, y hacer la guerra de forma tal que desemboque fatalmente en una paz sin provecho alguno es manifiestamente estúpido."

(70) J. F. C. FULLER: *L'influence...*, pág. 224. El general L. M. Chassin ha explicado muy bien las teorías de Fuller al respecto: "Fuller opone estas dos concepciones que califica respectivamente de "concepción clausewitziana" y de "concepción churchiliana" de la guerra. Insiste sobre el hecho de que, para Clausewitz, la guerra es tan sólo un medio que emplea la política para alcanzar su meta, la cual estriba, bien evidentemente, en la obtención de un beneficio para su país. En consecuencia, dice Clausewitz, "la subordinación del punto de vista político al punto de vista militar sería contrario al sentido común. Es la política la que ha declarado la guerra. En ella reside la facultad inteligente, siendo la guerra tan sólo un instrumento, y no al revés. Resulta de ello que la subordinación del punto de vista militar al punto de vista político es la única solución posible". Al revés, la concepción "churchiliana" es la de una guerra a muerte en la que la primacía del punto de vista militar permite cometer los crímenes más horribles contra la civilización, quedando la meta política por la cual se había ido a la guerra completamente eliminada". (En el prefacio del libro de Fuller *L'influence...*, págs. 9 y siguientes.)

ilimitada (por cuanto su fin es la destrucción, el aniquilamiento del grupo enemigo) no tiene por qué ser consecuencia inevitable de la guerra total; al menos no tenía por qué serlo hasta Hiroshima... Pero, y de forma indirecta, el fenómeno de totalitarización de la guerra sí tiene algo que ver con el carácter «churchiliano» que se ha dado a los conflictos: la enormidad de los medios de destrucción empleados, las masacres indiscriminadas a las que han dado lugar obligan al que utiliza dichos medios de justificar dicha utilización presentando al enemigo como la encarnación del mal absoluto, contra el cual sólo cabe el aniquilamiento..., es decir, la guerra ilimitada. Asimismo, el enorme esfuerzo pedido a la población obliga también a presentar al enemigo, ante los ojos de ésta, con los caracteres antes citados, por lo que, una vez acabada la guerra, no sería consecuente consigo mismo ni con su población el Gobierno que no pidiese la desaparición (más o menos) del mapa, del vencido aborrecido, transformado en representación satánica.

La guerra de los principios, de los ideales, de los axiomas morales, no permite transigir, al revés que la guerra llevada a cabo por intereses materiales, y al final de la misma están la rendición sin condiciones, el plan Morgenthau, etc. Ilustrativa de este punto es la frase de Churchill, que había empujado a la guerra, en defensa de un pequeño país —Polonia—: «Las pequeñas naciones no nos pueden atar las manos, mientras nosotros luchamos por la justicia y por la libertad.» Y, efectivamente, se pasó por encima del cuerpo de todas las naciones, no sólo de las pequeñas.

La idea de que los medios empleados en la guerra total sí que han sido, por otra parte, en sus consecuencias, una causa del carácter ilimitado de la guerra, ha sido expresada brillantemente por el ensayista Maurice Bardèche: «El fundamento verdadero del proceso de Nuremberg, el que nadie ha osado denunciar, temo que sea el miedo: es el espectáculo de las ruinas, el pánico de los vencedores. Los otros tenían que estar en el error. Tenían que estarlo, porque si por azar no hubiesen sido monstruos, ¿cuán enorme sería el peso de esas ciudades destruidas y de esos millares de bombas de fósforo? Es el horror, la desesperanza de los vencedores, el verdadero motivo del juicio... Habíamos intentado ya lo mismo en 1918; pero entonces la guerra sólo había sido una operación militar costosa y nos contentamos con "largarles" a los alemanes la carta de agresión... (Pero) esta vez (Segunda Guerra Mundial), habiéndose transformado la guerra por ambos bandos en la masacre de los inocentes, no bastaba con que los vencidos reconociesen ser los agresores. Para excusar los crímenes cometidos en la conducta de la guerra era absolutamente necesario descubrir otros más graves en el otro bando. Los bombardeos ingleses y americanos tenían que aparecer como la espada del Señor. Los aliados no tenían otra alternativa... Si algún día los hombres dejaban de creer en la monstruosidad alemana, no pararían hasta pedir cuenta por las ciudades desaparecidas... De esta forma fue afirmada la culpabilidad alemana, por razones muy diversas en el tiempo; y se notará tan sólo que

dicha culpabilidad se incrementa a medida que se multiplican los bombardeos de la población civil. Esta sincronización es en sí misma sospechosa» (71). Y ante el demonio sólo cabe el exterminio: la guerra ilimitada...

En definitiva, parece sostenerse la idea de que el carácter ilimitado de la guerra se debe principalmente al cariz ideológico de las dos últimas guerras generales, y que la totalitarización de la guerra sólo interviene en segundo lugar en dicho proceso, de una forma indirecta, por la necesidad de justificar la enormidad de los sacrificios exigidos y la monstruosidad de los medios masivos de destrucción empleados (presentando al enemigo como no susceptible de un trato humano, lo cual conduce a la posibilidad de su aniquilamiento), así como por la necesidad de destruir los medios de lucha del adversario..., es decir, destruir enteramente, «totalmente» al adversario.

Los mecanismos de la guerra atómica, por otra parte, confirman el punto de vista que exponemos, según el cual los medios empleados en la guerra total también influyen en el carácter ilimitado de las contiendas. Salvo en el caso de una limitación de la escalada, difícil de cumplir por la existencia de esa ley permanente del ascenso a los extremos que no vemos porque dejaría en el fondo de aplicarse en un conflicto futuro, los medios de guerra conducen al mismo resultado que la guerra sin límites en cuanto a fines: al aniquilamiento del adversario. Desde este punto de vista, la guerra próxima será la de la «Guerra total industrial» ilimitada en su punto álgido. Por de pronto, la ilusión de que el arma termonuclear ha acabado con la guerra puede inducir a error: no existe arma sin su «parade». La próxima guerra puede ser entonces total, tanto en cuanto a medios como a fines.

II.3. *Los fundamentos de la «Guerra total industrial»*

Dos requisitos básicos fueron necesarios para que se diera la «Guerra total industrial»: las revoluciones Industrial y Demográfica de los siglos XVIII y XIX.

Sin embargo, es evidente que los ideales de 1789 también tienen que ver con el advenimiento de aquélla. En relación al problema de la conexión entre la democracia y la «Guerra total industrial», caben dos hipótesis: la primera afirma que los ideales democráticos, sumados a la explosión demográfica y a la Revolución Industrial, constituyen el catalizador, el precipitante de una nueva forma de guerra que hubiera podido no aparecer, o aparecer mucho más tardíamente, de no haber sido por dicha acción catalizadora o precipi-

(71) En *Nuremberg ou la terre promise*, págs. 17 y sigs. Es lamentable que sólo los escritores generalmente calificados de "fascistas" se hayan atrevido a plantear esta tesis que, en nuestra opinión y sin restar nada a las atrocidades efectivamente cometidas tanto por los vencidos como por los vencedores de la última contienda mundial, recubre exactamente la verdad de los hechos.

tante; según la segunda, los ideales democráticos, su defensa y su expansión, sólo constituyeron la nueva motivación axiológica, la «derivación» paretiana, la «ideología» marxista, en nombre de la cual pudo llevarse a cabo esa nueva forma de guerra que requería el desequilibrio demo-económico creado por las revoluciones demográfica e industrial.

En el caso de la primera hipótesis, los ideales democráticos parecen constituir un elemento activo, fundamental en el desencadenamiento de la guerra total en su versión industrial; en el caso de la segunda, el papel de las ideas democráticas es meramente ocultatorio, de cortina de humo, pasivo, justificativo frente a una necesidad ineludible (motora, activa, real) de elevar las fórmulas sociales y culturales de eliminación de excedentes humanos y de excedentes económicos que son las guerras a un grado más alto de eficacia, para responder a las necesidades de un nuevo equilibrio demo-económico.

Probablemente, ambas hipótesis se acercan a la verdad.

Desde luego, el advenimiento de la(s) república(s) va a coincidir con un nuevo tipo de guerra más generalizada, en la cual queda implicada un nuevo tipo de soldado no profesional: el civil movilizado; tuvieron que llegar las repúblicas para que apareciesen las movilizaciones masivas y las requisas generalizadas, y desde finales del siglo XVIII, a medida que el Estado ampliaba su base popular, es indiscutible, como afirma G. Bouthoul, que la guerra «se hacía más general y afectaba directamente a una porción cada vez más amplia de la nación» (72). Y es cierto que, desde entonces, la guerra se hace más implacable, más brutal, más intensa; en la raíz, la caída del feudalismo, que ha provocado la ruina del orden aristocrático y de los valores cortesés.

Es en 1798 cuando se introduce la conscripción general, por orden del general Jourdan y del llamado «Consejo de los Quinientos», «primera medida significativa que marcó ese retorno a la guerra total» (73). Toda la población, como se ha reseñado más arriba, queda implicada de una forma o de otra... y el carácter de totalitarismo ideológico del nuevo tipo de guerra salta a la vista cuando se crea un sistema de vigilancia ideológica de los combatientes.

Se pudo pensar, por un momento, que las guerras de la Revolución y del Imperio iban a ser un fenómeno aislado, producto de la anarquía en que la Revolución había sumido a Europa. Pero no fue así: se trataba de una verdadera mutación, tal y como lo pone de relieve Roger Caillois: «Para la guerra en particular, y para la preparación de la guerra, la democracia exige el dinero, el trabajo y la sangre de cada cual, no ya la aplicación y la valentía de un puñado de profesionales especializados... y que llevan a cabo operaciones limitadas y poco sangrientas de cuando en cuando. La guerra se transforma desde entonces en una actividad total para el Estado, en vista de lo

(72) Véase *Traité...*, pág. 476.

(73) Véase J. F. C. FULLER: *L'influence...*, pág. 125.

cual el conjunto de la población, de sus energías y de sus recursos son movilizados constantemente» (74). Y los progresos de la democracia iban a ser acompañados, cada vez, del progreso en la intensificación y totalitarización de la guerra.

¿Cuál es entonces la relación de causa a efecto entre la Revolución Francesa y el advenimiento de la guerra total? La Revolución fue llevada a cabo contra la monarquía y el Estado monárquico: abatidos los «tiranos», se dejaba de ser súbditos de los mismos, y se necesitaba otro tipo de referencia para que la sociedad no se disgregase; y ese principio fue claramente el que encarnaba el concepto de nación. Y, con la idea de nación, llegó una serie de principios: libertad, justicia, sentido de la Historia... Dejando de combatir por su rey, el ciudadano se puso a combatir por abstracciones, por ideas. Y es esto, en primer lugar, lo que va a provocar una intensificación de la guerra.

Pero la irrupción del concepto de nación incide aún más en el advenimiento de la guerra total: «En el momento en que la Nación —dice Caillois— no reconoce sino ciudadanos iguales en derecho, a los cuales consiente el poder político, pero a los que impone la obligación de servicios militares, se transforma en una totalidad indivisible y armada, necesariamente separada de las demás y opuesta a ella de una forma tanto más exclusiva, absoluta y masiva cuanto que el Estado asume más servicios y ejerce más controles, es decir, tanto más rígida y cerrada sobre sí misma cuanto que es más socializada. La conducción de la política se hace entonces, si no en base a la espera, al menos en el temor de la guerra. El Gobierno vigila, reglamenta, toma a su cargo todo lo que contribuye a las fuerzas normales y materiales de la Nación. La perspectiva de un conflicto armado le preocupa constantemente, de forma que la guerra representa para el Estado una fascinación y un absoluto. Por muy pacífico que sea, quedan finalmente pocas cosas que no le sacrifique, prepare o no la guerra. No puede escapar a una fatalidad tal mientras la nación es considerada como una totalidad y mientras no reconocen por encima de ella ninguna instancia superior. Se halla, efectivamente, en una situación natural de permanente concurrencia con las totalidades vencidas» (75).

(74) En *Bellone...*, pág. 116. Ya se percataron muy pronto F. Nietzsche y J. Burckardt que no se trataba de un nuevo accidente. El primero escribe en *Le gai savoir*: «Debemos a Napoleón... el poder esperar ahora una sucesión de siglos belicosos sin precedentes en la Historia; en una palabra, el haber entrado en la era clásica de esa guerra, de la guerra a la vez sabia y popular, de la mayor envergadura.» (París, 1967, pág. 256.) Para Burckardt, ya en 1872, se podía prever que «la maquinaria militar... está abocada a convertirse en el modelo de la existencia... El Estado militar tendrá que volverse "industrialista". Esas aglomeraciones de hombres en las grandes fábricas (querían vivir bajo) en grado de pobreza definido y super-proyectada en el que cada uno vista de uniforme y en que el día comience y acabe con el toque de corneta; lógicamente eso es lo que nos espera...» (citado por D. BELL: *La sociedad postindustrial*, pág. 368).

(75) R. CAILLOIS: *Bellone...*, págs. 220 y 221.

El ciudadano se ve imponer la defensa y la expansión del concepto de nación (y de los demás principios anunciados por la Revolución Francesa) como un deber público; de esta forma, la guerra se va transformando en el *summum* del civismo; la Revolución Francesa, sigue indicando Caillois: «transformó a cada ciudadano en una especie de misionero encargado de la propagación de un Evangelio liberador. Este ciudadano cree en los discursos que lo representan, a sus propios ojos como un medio dios que patea la ira de la tiranía y que lucha por el derecho y por la civilización. La guerra es un servicio público, la piedra de toque del civismo» (76).

Por otra parte, la concesión de la igualdad política llevaba implícita la igualdad ante las obligaciones de defender a la nación... Al ser todos iguales en la defensa de la nación, *todos* deben defenderla. Por ejemplo, si el mosquetón ha vencido al arma blanca y el infante ha suplantado al jinete, sustituyendo la igualdad a los privilegios, la Revolución se ha establecido el sufragio universal y el servicio militar obligatorio. Ahora bien, toda conquista «implica un reverso», y «los derechos adquiridos, las libertades obtenidas, suponen una organización compleja y poderosa; la conscripción misma sólo representa uno de sus aspectos. Significa tan sólo que el ciudadano participa desde ahora en la defensa como en el Gobierno de la Nación» (77).

Esta correspondencia entre igualdad de derechos e igualdad de deberes, tanto en el campo político como en el militar, halla su formulación más clara en una frase de Saint Just, en la que éste vitupera al ejército profesional y reclama que no se conceda el derecho a la ciudadanía (la igualdad política de derechos) hasta que no se haya cumplido el servicio militar: «Suprimid y devolved a la gleba a esa innumerable masa de gente a sueldo de la ley... que la juventud en lugar de desgastar su vida entre las delicias y el vicio ocioso de las capitales espere en el ejército de línea la época de su mayoría (de edad); que no se adquiera el derecho a la ciudadanía hasta pasado un servicio de cuatro años en el seno del ejército: pronto veréis a la juventud más seria y al amor patrio transformado en una pasión pública» (78). Comenta R. Caillois certeramente, que «no se sabría ligar en forma más clara el ejército de los derechos de ciudadanía y el pase por el servicio militar. La igualdad entre la ley es también la igualdad ante la obligación de servir. La idea de la conscripción nace de la voluntad de forjar la República, antes de ser impuesta por las necesidades de defender el territorio». Es decir, que la estrategia del siglo XVIII no sobrevivirá a la Revolución Francesa, porque «el advenimiento de la democracia es virtualmente el de la guerra total. Porque la República no diferencia los derechos del ciudadano y los deberes del

(76) R. CAILLOIS: *Bellone...*, pág. 144.

(77) R. CAILLOIS: *Bellone...*, pág. 115.

(78) En *L'esprit de la Révolution* (1791).

soldado. Desde 1789, Dubois-Craucé proclama que «todo ciudadano debe ser soldado y todo soldado ciudadano» (79).

Más aún: lo que hemos presentado como un deber correlativo a un derecho (el deber militar como consecuencia de la concesión del derecho político del derecho de voto), John U. Nef lo equipara —y con cierta razón— a la extensión de un privilegio. Nef (80) explica que uno de los desarrollos más trágicos de estos últimos doscientos años ha sido la extensión de la idea según la cual la guerra constituye una experiencia espiritual ennoblecedora y que es deseable que los hombres la padezcan; y, sin embargo, la extensión de la visión heroica de la guerra a toda la población masculina «es algo nuevo entre los pueblos civilizados». En los tiempos pasados, la clase de los guerreros era muy estimada y venerada. Este prestigio, tanto en Esparta, como en los pueblos germánicos, como en los japoneses, se hallaba limitado a la clase encargada de hacer la guerra, y no era socialmente prestigioso que los demás miembros de la sociedad guerreasen. Pero la civilización industrial va a cambiar esta situación dándole «al conjunto de la población la ocasión de participar en las hazañas consideradas heroicas, antaño monopolio de las clases privilegiadas. La guerra aparece como la situación más fácil para hacer admitir a todos los hombres en un plano de igualdad, cuando el deseo de igualdad comienza a extenderse por doquier, y cuando el desarrollo económico y el progreso material se han hecho lo suficientemente grandes como para hacer posible, al menos por un tiempo limitado, la dedicación al servicio de la guerra de todos los varones de edad comprendidos entre dieciocho y cuarenta y cinco años».

Es decir, que las teorías igualitarias expresadas por los filósofos del Siglo de las Luces (como Voltaire, Rousseau y otros) se van a traducir, en la práctica, y entre otras cosas, por la extensión del privilegio de guerrear —y de reventar— en un campo de batalla, «privilegio» del que la nobleza —clase hasta entonces con el monopolio de la guerra y con el monopolio de retirar prestigio de la actividad de guerrear— se va a desprender, de forma a hacer partícipes a todos los hombres —iguales— de la misma condición de héroes. De esta forma «se requirió, muy poco tiempo después de la toma de la Bastilla, para que el deseo de librar al hombre medio de toda mancha, de origen social, desembocase en hacer de él un soldado entusiasta, incrementando para ello el prestigio de la llamada a filas de los simples soldados y de los suboficiales... Bajo la influencia de los grandes escritores políticos y sociales de la Francia del siglo XVIII, muchos nobles (algunos de los cuales fueron guillotinado posteriormente por partidarios extremistas de la causa que habían contribuido a extender) sostenían esta nueva estima hacia el hombre medio».

Si a esta extensión del deber, del derecho y del prestigio de guerrear

(79) *Op. cit.*, pág. 108.

(80) En *La route de la guerre totale*, París, 1949, págs. 49, 50, 51, 53 y 54.

—que todo hombre, al ser igual a los demás, es decir, a los situados en lo más alto de la escala social debía tener— se añaden la concepción prusiana del hombre como ser animal disciplinado y mecanizado y el declive de las prácticas religiosas, todas las condiciones se hallaban reunidas para la aparición de un proceso de intensificación de la guerra; ésta se haría total, máxime cuando los progresos en la productividad permitían la movilización —ciertamente temporal— de grandes masas de hombres empleadas en los procesos productivos.

Parece, en definitiva, que, en primer lugar, el ideario de la Revolución Francesa sirvió como justificación ideológica o como derivación del hecho de la necesidad de un nuevo equilibrio demo-económico que no se podía alcanzar —*a corto plazo*— más que por la guerra, quedando patentizada particularmente esta faceta de dicho ideario cuando la revolución es exportada, por la fuerza de las armas, más allá de las fronteras francesas; en segundo lugar, el ideario democrático —producto, entre otras cosas, de la irrupción de la infantería —contribuyó decisivamente (por la ecuación un hombre = = voto = fusil, y un ciudadano = un soldado) a la reaparición de la guerra total, que combinada con la Revolución Industrial se transformaría cada vez más en guerra total industrial; en definitiva, y éste es el punto clave de la cuestión, al hacer participar al pueblo de los derechos, pero sobre todo del Gobierno, se le tenía que hacer partícipe de la guerra, ya que ésta se presenta no como un mero acto de Gobierno, sino como el acto de Gobierno por excelencia. *El Gobierno como asunto de todos implicaba la guerra como asunto de todos, de la totalidad, de la guerra total*: «Si los súbditos se tornan ciudadanos —concluye muy justamente Caillois—, la guerra se transforma en el asunto de la nación y no ya (solamente) en el del Gobierno. Los ciudadanos son alistados para la defensa o el triunfo de la Patria. Y la guerra cambia de naturaleza» (81).

(81) En *Bellone...*, pág. 103; véase también J. F. C. FULLER: *L'influence...*, pág. 203.
